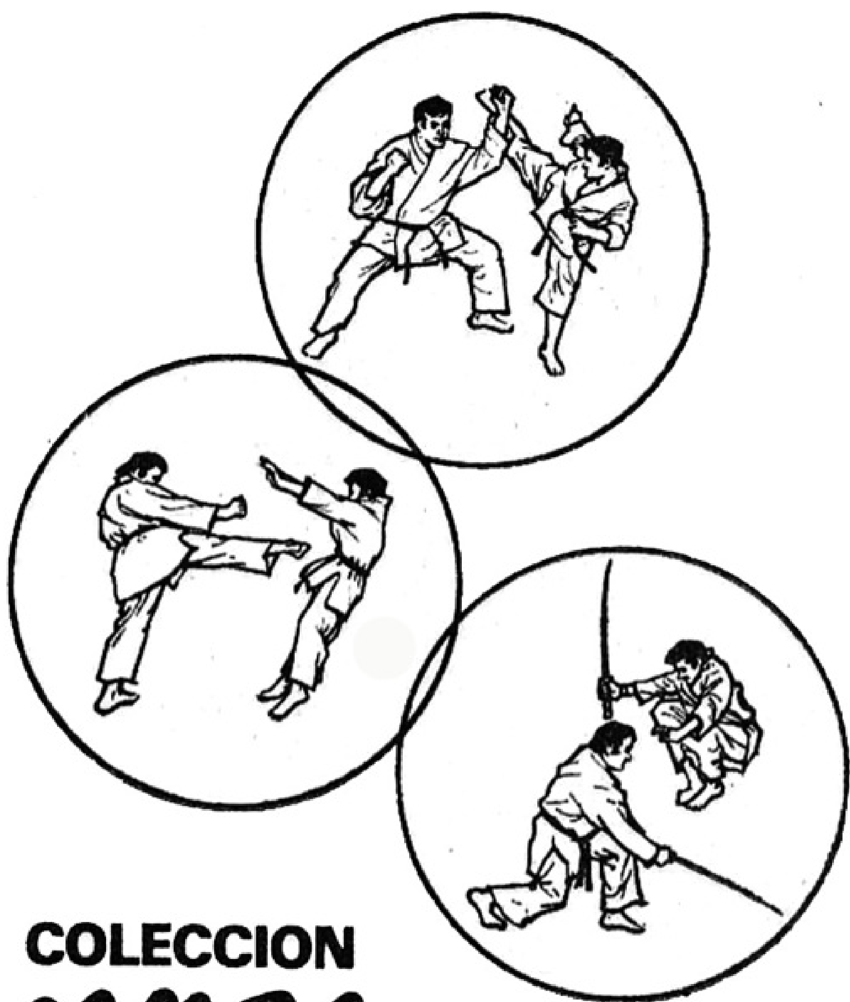


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

PELOTON YANKEE



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

PELOTON YANKEE
(M. P. SAVAGE-14)

Colección ¡KIAI! n.° 54
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS — MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

49—El enemigo invisible, *Lou Carrigan,*

50—Yo cobro, tú callas, ellos pagan, *Ralph Barby*.

51 — La noche de la Cobra, *Curtis Garland.*

52 — Infierno para una dama, *Clark Carrados.*

53 — En memoria de un budoka, *Lou Carrigan.*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 46.874 - 1977

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: enero, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDOKAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Lolita era bajita, casi enana para la opinión de un yanqui, pero no para un portorriqueño como Juanito Chancleta que también era bajito, pues apenas rebasaba el metro cincuenta. Su cuerpo, todo fibra, pesaba alrededor de los cincuenta kilos. Muy pocos podían comparársele en agilidad y resistencia y por donde pasaba Juanito Chancleta, no pasaba todo el mundo, pues cuando era preciso se convertía en una especie de reptil y, como una lagartija, se introducía por los agujeros.

Lolita era una maravilla de proporciones. Quizá sus mamas resultaban algo más grandes de lo que correspondía, lo que no era ningún demérito, sino todo lo contrario, ya que las tenía duras, turgentes y provocativas, lo mismo que sus caderas o sus nalgas redondas y prietas.

Su cabello espeso y negro, lacio, caía hasta la desnuda cintura de avispa, lugar donde reposaban las manos de Juanito Chancleta. Este, sonriéndole tras besar la coquetona boquita, dijo:

—Creo que me voy a casar contigo, Lolita.

A ella le brillaron los oscuros ojos y preguntó:

— ¿Sólo lo crees?

—Bueno, es una decisión difícil de tomar.

— ¿Piensas, acaso, que si me propusieras casarme contigo no te iba a decir que sí?

— ¿Y acaso, no?

Se miró un poco hacia sí mismo, desnudo como una lombriz, lo mismo que la chica, el uno frente al otro en la habitación 012 de un motel en la carretera general de California.

—También para mí es una decisión difícil de tomar, Juanito. Ahora soy totalmente libre, es cierto que me has enamorado, pero...

— ¿Qué? —preguntó él, ante la coquetería femenina.

—Pues, que soy un poco voluble en el amor.

—Yo sabría mantener la antorcha del amor encendida todos los días.

Ella se rio abiertamente, arqueando su cuerpo hacia atrás. Alzó sus rosados pezones hacia él y mostró sus hermosos dientes, provocativa e irónica.

— ¿Crees que podrías?

—Con que quieres demostraciones y no hipótesis… ¿eh?

— ¡Claro!; prefiero la práctica, a la teoría.

—Eso es fácil. Mañana por la mañana me pedirás de rodillas que me case contigo para poder alimentar todos los días el fuego de tu amor.

—Tú te has leído los cuentos de *Las mil y una noches* y te has creído que son verdad.

—Ahora me voy a lavar los dientes y a… Bueno, estoy contigo en un momento. Si tienes miedo, puedes comenzar a temblar; luego ya temblarás de otra forma.

Juanito se dirigió al cuarto de aseo, silbando. Lolita podía ser una excelente compañera para él. Hablaban el mismo idioma, y no es que no se pudieran entender en inglés, español o *span-english,* sino que empleaban los mismos giros y modismos y se entendían con suma facilidad. De lo que no cabía duda era que resultaba de su medida, pequeñita, pero terriblemente femenina. Debía causarle la mejor impresión, no podía defraudarla después de su casi fanfarronada.

Se lavó los dientes. Sabía muy bien que un ligero masaje de sus dedos sobre su propio cuerpo, aumentaría el riego sanguíneo donde más le interesaba, lo mismo que la excitación nerviosa adecuada, todo ello como preparación antes de saltar a la cancha que podía resultar la amplia cama construida para tipos de más de dos metros, cuando ellos no rebasaban el metro cincuenta.

—Lolita, tiembla, que ya viene tu Juanito —dijo en voz alta, pero casi rugiente.

No hubo respuesta por parte de la chica y al pasar a la alcoba se encontró con la desagradable sorpresa de que no estaban solos. Allí había tres hombres, uno de los cuales sujetaba a Lolita por el cuello, situado a la espalda de la joven al tiempo que le colocaba el filo de un *aikuchi.*

La aguda punta de acero del puñal japonés se hundía en la piel femenina, aunque todavía no había llegado a penetrar en ella.

— ¿Qué, tanto estimas a la chica, Juanito? —rezongó el tipo que la sujetaba por el cuello, amenazando con degollarla.

Juanito Chancleta observó a los tres desconocidos. Uno, el que manejaba el *aikuchi,* era asiático y le pareció el más peligroso, el jefe del trío, y muy bien podía ser coreano.

El que se hallaba a su derecha parecía un euro— asiático, bastardo, de cualquier guerra de la que no tenía culpa, evidentemente, pero estaba allí buscándole problemas. Este sujetaba en su mano derecha un *yawara* que Juanito identificó de inmediato.

Era el *yawara* de la secta del Dragón Bicéfalo, la secta de asesinos a

sueldo que se había propuesto— exterminar a su amigo Moses Pacific Savage, a todos los compañeros de Savage y especialmente destruir Liberty Garden, el secreto lugar ideado y mantenido por Savage, donde se formaban— los nuevos budokas que luego se desparramarían por el mundo para luchar contra el terror, el crimen y la explotación del hombre por el hombre.

Los asesinos de la secta del Dragón Bicéfalo estaban pagados por los hombres y las compañías que habían sido denunciadas por M. P. Savage en sus reportajes, destruyendo, en la mayoría de las ocasiones, sus sucios manejos.

Los sicarios de la secta cobraban el precio de la venganza y eran hombres altamente especializados que se movían sin complicaciones por todos los países de la Tierra, empleando para matar las técnicas de las Artes Marciales Orientales que habían aprendido sin mentalizarse de budokas.

Como sicarios que eran carecían de Do, es decir, una guía o camino para el bien y la perfección; pero, desgraciadamente, conocían bien las técnicas y no dejaban huellas de sus crímenes, que siempre aparecían como accidentes. Jamás país alguno había podido acusar a los miembros de la secta del Dragón Bicéfalo de ningún crimen. Eran demasiado listos; sin embargo, tenían un problema nada fácil, habían perdido ya a muchos hombres tratando de resolverlo y ese problema se llamaba Moses Pacific Savage.

El tercer individuo era blanco. Juanito sabía que entre los sicarios de la secta del Dragón Bicéfalo los había de todas las razas, lo mismo que en Liberty Garden. El blanco no tenía en su mano un *yawara,* sino un temible *nunchaku.* Sujetando uno de los palos, hacía que el otro bailara al extremo de la cadena; había amenaza y provocación en aquel gesto.

— ¿Qué es lo que queréis?

—Que seas buen chico o ella, en tres o cuatro días, olerá mal y es una pena siendo tan joven y bonita.

—Ella no tiene nada que ver.

— ¿Que ver en qué, Juanito? —preguntó el oriental, sonriéndole casi con amabilidad; mas Juanito sabía que no eran de fiar la sonrisa y la cortesía de un oriental, que podía ocultar todos sus sentimientos y deseos tras una sonrisa, aunque por dentro estuviera sangrando de odio contra su interlocutor.

—No habrá pelea, a menos que tú lo quieras —puntualizó el blanco del *nunchaku.*

El mestizo euroasiático completó:

—Sabemos que eres experto en karate y en el arte del Bo; pero aquí cerca no veo ningún bastón. Mira, Juanito, haz lo que te digan y no le crearás problemas a la chica. ¿De acuerdo?

Juanito miró a la muchacha, que mantenía la boca cerrada porque el asiático que la sujetaba le oprimía mandíbula contra mandíbula. Vio miedo y desconcierto en los ojos oscuros de la bella Lolita.

—Haré lo que digáis, pero a ella sin tocarla. ¿Correcto?

—Correcto, Juanito —aceptó el oriental.

—Pues soltadla y que se vaya.

—Ni lo sueñes, todavía no. Si ella se va, puedes buscarnos problemas. Te hemos estropeado la noche, es evidente, pero aún puedes recuperarla.

— ¿Cómo?

El mestizo del *yawara* descolgó el teléfono y, entregándole el auricular, ordenó:

—Llama a Savage.

— ¿A Savage? —repitió, mirándoles a los tres alternativamente.

—Sí —insistió el oriental—. La chica tiene miedo, tiembla. Sería una pena que ella muriera porque tú no quieres telefonear a Savage.

—No, por eso no voy a dejar que muera.

Tomó el auricular, acercando sus dedos al teclado del aparato.

—Mejor así. Sabemos que Savage está en San Francisco; si hubieras dicho que ignorabas donde encontrarle, tu amiguita recibiría algunos desagradables pinchazos que tú no podrías evitar.

—Lo siento, Lolita. Conozco a estos tipos; son unos asesinos a sueldo que quieren matar a Savage y Savage es mi mejor amigo.

—No temas, chiquita, no dejará que te matemos. ¿No es cierto, Juanito?

—Claro que no voy a dejar que la maten. ¿Qué le digo a Savage? ¿Que venga acá?

—No. Vas a decirle que le esperas con urgencia en la William's Company.

— ¿William's Company? ¿Y qué es eso?

—Una fábrica de enlatados, comida para perros y gatos. Huele algo mal, pero es un buen lugar para citarse, siempre que no sea para hacer el amor. Vamos, llámale y dile que está en la milla treinta y cinco de la interestatal 280.

— ¿Y luego?

—No estás en condiciones de hacer preguntas. ¡Vamos, llámale y sé parco en palabras! Te advierto que tenemos a otro hombre afuera, con el teléfono intervenido. El escuchará lo que hables y si te pasas de listo te pesará a ti y a ella. ¿Comprendido?

— ¿Savage?

Todos quedaron quietos, expectantes. El asiático no relajaba su vigilancia sobre Lolita, sabía que a poco que lo hiciera, Juanito volaría hacia ella aplicándole algún *ate* que podía resultar peligrosísimo.

— ¡Mira, tenemos que vernos, es muy urgente! Ahora no puedo decirte nada. Acude enseguida a la William's Company; es una fábrica de enlatados para perros. Milla treinta y cinco en la interestatal 280. ¿Has comprendido?

Hubo un silencio por parte de Juanito. Luego, éste dijo simplemente:

—Hasta ahora mismo —y colgó.

—Bien, Juanito, lo has hecho muy bien.

—Ahora, soltad a Lolita.

—Tu bella Lolita, tu querida Lolita... Primero, pon las manos a la espalda.

Juanito expelió con fuerza el aire de sus pulmones por los orificios de la nariz. El juego estaba durando demasiado y él no podía hacer nada para cortarlo. Una simple presión de la mano del asiático y el cuello de la joven quedaría atravesado.

Le ataron las manos a la espalda con cuerdas y también los tobillos, para que no pudiera saltar. Después, le aplicaron un grueso esparadrapo que le tapó la boca por completo, impidiéndole hablar.

—Ahora sí podemos soltar a Lolita —dijo el asiático, dejándola ir.

— ¡Juanito! —exclamó la muchacha, dirigiéndose a él.

El pequeño pero nervudo portorriqueño vio como el euroasiático alzaba su mano armada con el temible *yawara.* Las dos cabecitas de dragón aparecían a ambos extremos del puño del asesino. La madera de teca birmana en que estaba tallada el arma era dura y contundente, y las crestas de los dragones, estilizadas pero terribles cuando un karateka aplicaba un golpe con ellas.

El karate era la técnica de la mano desnuda; no obstante, algunos asesinos de la especie a la que pertenecían los sicarios de la secta del Dragón Bicéfalo, preferían llenar su mano vacía con un *yawara,* lo que aumentaba sobremanera la potencia del golpe y también su dureza.

Un impacto de *yawara* fracturaba un hueso con una facilidad aterradora.

Juanito quiso saltar, avisar a Lolita para que saltara, pues vio el brillo homicida en los ojos del euroasiático. Fue inútil. El asesino descargó un golpe seco en la nuca femenina y se escuchó un sonido aterrador.

Crash...

Lolita no llegó a caer al suelo. El hombre que la había amenazado con el *aikuchi* se lo impidió y sonriendo detestablemente dijo:

—La encontrarás junto a la bañera. ¿Cuánta gente muere, al resbalar, saliendo de la bañera? Es tan fácil partirse la nuca en una mala caída...

Juanito quiso rugir bajo el esparadrapo y llegó a saltar con los pies

y las manos atadas, logrando dar con sus pies en el rostro del asesino euroasiático.

El sicario blanco de la secta del Dragón Bicéfalo intervino con sus *nunchaku,* para el que demostró gran habilidad de manejo.

Con él golpeó los ángulos que formaban los hombros con el cuello de Juanito, sobre las clavículas. El joven, doblegado por el intensísimo dolor, cayó al suelo, sin posibilidades de volver a levantarse. Había perdido el conocimiento, mientras Lolita era transportada al cuarto de aseo.

* * *

La puerta de barrotes de hierro que cerraba la verja que rodeaba la pequeña fábrica se hallaba abierta.

Moses Pacific Savage iba al volante del gran «Daymio», el poderoso coche tipo ranchera con siete litros de cilindrada y seis ruedas con suspensión hidroneumática independiente, lo que le permitía rebasar obstáculos que para otros vehículos resultaban insalvables.

Puso la luz intensiva, iluminando la entrada de la edificación que también aparecía abierta, pero su interior estaba a oscuras. Delante de la factoría no se veía ningún automóvil, nada que pudiera despertar sospechas a cualquiera que pasase por allí y diera una ojeada; mas Moses P. Savage sabía que las cosas no iban bien, que Juanito Chancleta, su amigo y colaborador, el hombre que le llevaba los trabajos de fotografía y filmación, estaba en apuros.

Hizo avanzar, despacio, el poderoso auto hasta detenerlo a un par de pasos de la entrada y allí lo dejó, con los faros encendidos penetrando como dardos luminosos hacia el interior de la fábrica, rasgando sus tinieblas.

Quitó las llaves del contacto y se apeó. Cerró de un portazo, lo que equivalía a dejar puesto el seguro, ya que éste actuaba de forma automática cuando se cerraba dando un portazo.

Dejó el gran coche atrás y, con aparente ingenuidad, cruzó el umbral de la gran puerta que daba acceso a la maloliente fábrica de enlatados para animales domésticos.

No era fácil soportar aquel hedor y Savage supuso que durante el día, en las horas de calor más intenso, sería una tortura aguantar la peste que escapaba de los desechos de los mataderos, restaurantes y supermercados que tenían productos ya más que caducados. Trabajar en aquella fábrica no debería ser ningún placer, y por ello era posible que emplease a chicanos, no porque a ellos les gustara, sino porque tenían pocas oportunidades de empleo y muchos de ellos estaban en la clandestinidad, por no tener sus documentaciones en regla.

Su ingenuidad, sólo aparente, logró engañar a quien se hallaba

apostado encima del dintel de la puerta, por su parte interior, y que saltó sobre Savage empuñando en su diestra un *yawara,* el terrible rompehuesos en manos de un hábil karateka.

La aplicación de un mazazo con el *yawara* debía ser mortal de necesidad, mas Savage no fue cogido por sorpresa, ya que sus sentidos se habían agudizado hasta el extremo de captar la respiración del asesino que le aguardaba.

En Japón, China, Nepal, India y Tibet había aprendido las técnicas de gurus, bonzos y senseis; no en vano se había acercado a los mejores maestros, lo que le había permitido agudizar sus sentidos.

Moses Pacific Savage, el Star Budoka como algunos le llamaban, pese a que jamás participaba en competiciones oficiales de las Artes Marciales, giró sobre sí mismo para dar la cara a su atacante, que caía sobre él queriendo cogerle por la espalda.

Al mismo tiempo, Savage se dejó caer practicando el primer *sutemi* de judo, o TomoeNage. Su espalda golpeó el suelo antes de que el asesino le tocara a él y, encogidas sus piernas, disparó sus pies. Aprovechando la fuerza de la caída de su adversario lo desplazó hacia el interior de la fábrica, haciéndole pasar por encima de su cabeza, mientras el *yawara* golpeaba el espacio vacío, el aire.

El asesino se encontró con una columna de acero, cuyos cantos casi podían considerarse cortantes. Su cabeza se abrió, quedando inmóvil al pie de la columna, ensangrentando todo el suelo a su alrededor.

Se encendieron las luces. No había muchas lámparas colgando del techo, pero sí las suficientes. Ante Savage aparecieron las maquinarias de elaboración. Había grandes autoclaves para hervir los productos que debían ser enlatados y matar, también, los gérmenes patógenos para no provocar enfermedades en los consumidores de aquellos productos, es decir, perros y gatos.

— ¡Savage!

Savage vio a un oriental. Estaba junto a un gran embudo metálico del que sobresalía la cabeza de Juanito Chancleta. Era inútil preguntar qué hacía Juanito dentro del embudo, mas el asiático, complaciéndose en su sadismo, explicó:

—Eres muy hábil luchando, Savage. Ya me lo habían contado y acabas de demostrarlo eliminando a uno de mis hombres, pero si haces otra estupidez, esta maquinaria se pondrá en marcha y tu amigo será tragado por el embudo. No hace falta decirte que está de pie sobre la espiral de cuchillas que lo hará pedacitos como si fuera despojos de vaca. Esta maquinaria no se detiene ni por los huesos de una vaca vieja, imagínate por los de Juanito. ¡Ah!; si esperas a que termine el proceso podrás recoger a tu amigo al otro lado, claro que saldrá en porciones ya enlatadas, todo es automático.

— ¿Qué queréis de mí?

—Sólo hacerte unas preguntas. Se te acercarán dos de mis amigos para colocarte unas sujeciones; resultas demasiado peligroso para dejarte con las manos y los pies libres.

Savage sabía muy bien que lo que pretendían los miembros de la secta del Dragón Bicéfalo era asesinarle y así poder dar cumplimiento al encargo. Muchos debían ser los que habían pagado por su muerte. Con matarle debían conformarse, pero si la situación era propicia y podían averiguar el lugar secreto donde se ubicaba Liberty Garden, mucho mejor, y aquel oriental enviado por la secta parecía suponer que tenía todos los triunfos en sus manos.

—No creo que pongas en marcha el proceso.

— ¿No lo crees? —sonrió el oriental. Señaló hacia un rincón y más que pedir exigió—: ¡Mira allá, sólo tengo que ordenar y seré obedecido!

Otro de los miembros de la secta de asesinos permanecía junto a un cuadro de mandos eléctricos y asía con su mano el mango de una palanca trifásica.

Juanito, desde el interior del mortífero embudo, no parecía suplicar nada. Permanecía como resignado y estoico ante su destino.

De pronto, algo silbó en el aire, algo que había sido lanzado desde un lugar distante de la máquina. Era un *shuriken,* una pieza de acero no mayor de diez centímetros de diámetro. No era estrellada, sino de canto totalmente afilado, como una hoja de cortar chorizos caseros.

La hoja, lanzada con fuerza y puntería por el gigante japonés que era Ricky, cayó en la muñeca del sicario que estaba cogiendo la palanca trifásica, casi de espaldas a ella para poder ver la acción.

El corte del *shuriken* fue terrible, pero no resultó lo más grave.

Les había sorprendido completamente la intervención de Ricky, al que no esperaban, pues había descendido del coche de Savage antes de llegar a la fábrica para que entrara por detrás de la misma. A Ricky, con sus dos metros diez de estatura y sus casi ciento ochenta kilos de peso, no había verja que le detuviera y, cuando avanzaba, era casi como un *bulldozer.*

La mano herida del sicario golpeó contra las piezas metálicas de la conexión trifásica y, en medio de un chisporroteo, se fue electrocutando entre alaridos de dolor, sin que por sí mismo consiguiera despegarse de la palanca, mientras la sangre se secaba y ennegrecía por la brutal acción de la electricidad. No se despegó de ella hasta que cayó al suelo, incapaz de sostenerse.

— ¡Hay que acabar con ellos! —rugió el oriental, dándose cuenta de que la situación se le había puesto fea.

Savage casi voló en pos del oriental antes de que éste pudiera llegar al trifásico y conectarlo, acción que no había podido realizar su secuaz, por la súbita aparición del japonés Ricky, compañero

inseparable de Savage y de Juanito.

Savage tuvo que lanzarse en vuelo, con los pies por delante, para impedir que el oriental llegara al trifásico antes que él, lo que significaría la muerte de Juanito, y no sólo la muerte, sino el posterior enlatado y etiquetado de sus despojos que, de esta forma, no tardarían en pasar a algún supermercado.

Consiguió aplicarle un *mae-geri* que le alcanzó en los riñones, enviándole contra la pared. La patada látigo resultó de una gran eficacia. En situaciones como aquélla, Moses P. Savage no dudaba en emplear las técnicas del Tae Kwon Do, karate y Kung-Fu.

Por su parte, Ricky habíase enfrentado a los otros dos asesinos que allí estaban; uno de ellos manejaba un *yawara* y el otro el *nunchaku.*

Ricky encajó dos o tres golpes que habrían puesto fuera de combate a otro, pero no a él, que podía mostrar en su cuerpo once cicatrices de bala y seguía en el mundo de los vivos.

Atrapó a uno por la muñeca y luego al otro y comenzó a girar sobre sí mismo. Dio vueltas y vueltas, mientras los dos sujetos chillaban incapaces de soltarse de las manazas de Ricky. Primero soltó a uno de ellos, que voló contra la columna de acero bajo la que yacía, muerto, uno de ellos. Allí se escuchó: *«Crack»,* y quedó con la espalda partida sobre el otro cadáver.

— *¡Iiiiiaaahhh!...*

El espeluznante alarido brotó de la garganta del segundo tipo que Ricky soltó. Salió volando por encima de la maquinaria, se estrelló contra una pared de fibro-cemento, la destruyó con el impacto y desapareció al otro lado de la pared, perdiéndose en la noche fuera de la fábrica.

Mientras Ricky subía al embudo para rescatar a Juanito, Savage luchaba con el oriental, que ahora se defendía como gato panza arriba. En su mano, al ver que no podía nada contra Savage empleando el karate, apareció el *aikuchi.* Trató de clavar el afilado cuchillo en las carnes de Savage sin conseguirlo, pues éste se desplazaba con suma celeridad.

Savage intentó desarmarle con los pies, mas el otro también sabía defenderse.

— *¡Kiaiiii!...*

El asiático se lanzó contra Savage, que saltó por encima de él, esquivando así el acero. No pudo evitar que aquel asesino pusiera en marcha la maquinaria de trituración y enlatado, pero Ricky acababa de sacar ya a Juanito del embudo, aunque seguía con la boca tapada y las manos y los pies atados.

Viéndose perdido, el asiático corrió hacia la salida. Ricky estaba más cerca de él y, dejándose caer al suelo, corrió hacia la puerta cortándole el paso. Viendo que Savage también se le acercaba por

detrás, el oriental corrió de nuevo, ahora en dirección a la máquina, y trepó sobre la misma.

Juanito quiso lanzarse fuera de la plataforma, mas el asesino le atrapó para enviarlo al infierno. Si moría, no moriría solo. No obstante, Juanito, pese a estar bien atado, le golpeó con el hombro, haciéndole perder el equilibrio y caer dentro del embudo.

El oriental quiso agarrarse a los bordes, mas la espiral trituradora le fue succionando.

— ¡Aggggh!...

Savage corrió hacia el trifásico para desconectarlo; pero al llegar junto a la palanca se detuvo. El asiático ya no gritaba... ¿Para qué detener la máquina? ¿Qué se iba a salvar?

CAPÍTULO II

El chófer que se hallaba al volante del automóvil «Mercedes Benz», de color negro y gran lujo, era de color, de un rostro grave e impenetrable. Sus ojos se ocultaban tras unas gafas oscuras y el cabello rizado, bajo una gorra con visera. Había momentos en que casi se le podría confundir con una figura de cera.

Corso había descendido del automóvil, vestía un traje negro y lo hacía con elegancia. Su cabeza se tocaba con un sombrero de fieltro de gran calidad, lo mismo que la seda de su traje de cuatrocientos dólares. Llevaba gafas, y si se le observaba muy de cerca, se podía llegar a descubrir que su rostro estaba deformado por unos apósitos cosméticos de los que habría de desprenderse una vez concluida la cita.

Corso tampoco era su verdadero nombre, pero por él le conocían los hombres que le obedecían, por así haberlo impuesto desde un principio. Era alto y fornido, aunque, por sus movimientos, se adivinaba que ya no era joven.

Corso avanzó con un periódico en la mano hasta el camión de mudanzas estacionado delante del lujoso «Mercedes Benz».

Al llegar a la altura de la cabina se abrió la portezuela y subió al interior de la misma.

Un hombre duro, alto y rubio, de cabello cortado al cepillo y gran mandíbula, estaba al volante. Le saludó con su voz grave:

— ¡Buenas noches, Corso!

— ¿Todo listo, Hank?

—Sí, Corso, todo preparado, pero...

— ¿Pero qué? —preguntó, escrutándole a través de las gafas que ayudaban a hacer su rostro más irreconocible.

—Alguno de los muchachos se pregunta si es necesario lo de esta noche.

—Todo lo que yo ordeno es necesario; para eso soy el jefe, el que dirige y el que paga.

—Son razones convincentes —admitió Hank, mientras los demás miembros del grupo de Hank escuchaban dentro del camión de mudanzas, a través de un pequeño altavoz instalado allí por propia orden de Corso,que prefería hablar directamente con Hank y que los demás escucharan sin mirarle, sin opción a hacerle preguntas que deberían canalizarse a través de Hank.

—Quiero repetir las normas básicas: seguridad en el trabajo, eficiencia al cien por ciento y nada de huellas, pistas, rastros ni testigos. Actuamos al margen de la ley, aunque sea para extirpar a los

hampones de raíz y por la vía rápida. Se pierde demasiado tiempo a la espera de los juicios y los jueces son excesivamente benévolos. Después, los hampones terminan por salir demasiado pronto de las cárceles. La ley, si nos atrapara, nos juzgaría con dureza, pero la sociedad estará de nuestro lado.

— ¿Aunque haya víctimas inocentes?

— ¿Víctimas inocentes? Me gustaría escupir ahora, Hank. No hay nadie inocente en este putrefacto mundo. Además, los periodistas siempre se encargan de convertir en mártires angelicales a quien les conviene. Hay que prescindir de esos detalles menores. Lo que tiene que parecer, es un ajuste de cuentas entre hampones. Hay que crear la desconfianza entre ellos mismos, que se odien, que se teman, que se maten. Nosotros ayudaremos a que lo hagan, hoy aquí, mañana en Chicago, pasado mañana en Nueva York, Londres. París, Roma o en Oriente Medio; donde haga falta. Para eso escogí a los mejores hombres, a los más preparados, a los que no temen a la muerte, a los que gustan del combate, por eso fueron sargentos de los Boinas

Verdes, en Vietnam. Vosotros os sentís defraudados y humillados por la derrota, por la retirada de los Estados Unidos de Vietnam y es lógico que tengáis ardientes deseos de actuar, de entrar en combate para los que habéis sido adiestrados. Todos poseéis medallas al riesgo y al valor. Lleváis algún tiempo trabajando conmigo, con Corso, y todo marcha bien, ya lo habéis comprobado con vuestros propios ojos. Los objetivos os son marcados con precisión absoluta, no traicionáis a vuestra patria y ya que no podéis luchar contra el Poder Amarillo, lucháis contra una de sus lacras, contra el imperio de la droga internacional. Nosotros les aguaremos el negocio, principalmente porque nadie como yo conoce a esos repugnantes hampones que negocian con la droga.

— ¿Y cómo sabe usted tanto, Corso? Me refiero a datos tan precisos, nombres, direcciones, fechas…

—Las fuentes de información son cosa mía, Hank. No te inmiscuyas en mis asuntos, podría resultarte desagradable… Vosotros actuáis como boinas verdes o como hombres de SWAT que, más o menos, viene a ser parecido, aunque el enemigo sea diferente. Sois especialistas en entrar en combate; manejáis las armas como nadie. Estoy orgulloso de vosotros, como el imperio británico lo estuvo, en su tiempo, de los corsos que hundían los bergantines de las naciones enemigas.

—Se habrá dado usted cuenta de que somos disciplinados y de que no fallamos.

—Justo lo que esperaba de vosotros, Hank. Estudié vuestras fichas con meticulosidad, no podía tener fallos.

—Sabrá que si hubiéramos de dar un disgusto a nuestro ejército o a

todo lo que significa el imperio yanqui, no le obedeceríamos.

—Por eso, también os escogí, Hank, Conozco vuestro valor y fidelidad y también sé que os hacéis muchas preguntas sobre mí. Os preguntáis si soy un magistrado, un político o un financiero.

— ¿Y qué es, en realidad?

—Eso no es cuestionable ahora. Os habréis dado cuenta, por el trabajo que lleváis realizado, de que no beneficiáis a ninguna financiera o corporación, clan mafioso, y tampoco a ninguna secta política o religiosa; simplemente atacáis directamente a la raíz del mundo de la droga que mina nuestro país, que lo hace más débil e inútil para la lucha. Una sociedad que va perdiendo sus garras, cuando lo que necesita es conservarlas, para seguir siendo el imperio más fuerte. Hemos de luchar contra la degradación de nuestro gran pueblo americano y comenzamos por barrer draconianamente el mundo de la droga. Lo que no han conseguido nuestras leyes, demasiado blandas, lo lograremos nosotros con el plomo y los explosivos con una guerra sin cuartel. Si ellos no respetan la ley, tampoco lo haremos nosotros. Si jugamos la misma partida, lo haremos en idénticas condiciones, sin trabas. Allá donde sean descubiertos serán barridos sin piedad.

—Sí, lo mismo que los vietkong —admitió Hank.

—Lo mismo, no; mejor, mucho mejor. Allá en Indochina se perdió la honra de los yanquis. Por primera vez paladeamos el desagradable sabor de la derrota y todo por culpa de unos políticos débiles. —suspiró pesadamente y cambió el rumbo de sus palabras—. Os he traído vuestros emolumentos. Fue una gran acción de honestidad, por vuestra parte, pedir la renuncia de la Army después de que se os ordenara un comportamiento propio de cobardes. Yo os pago como merecéis en proporción a los riesgos y al valor.

Con sus manos, en todo momento enguantadas, Corso abrió el portafolios que llevaba consigo y mostró a Hank los billetes que había en su interior.

—Ochenta mil dólares, diez mil para cada uno y veinte para ti, Hank, que por algo eres el jefe del pelotón.

—Es usted generoso, Corso; paga bien nuestra labor.

—Quiero que viváis con el lujo que merecéis, como buenos yanquis que sois. No os faltará la plata, lo prometo, pero si tengo sólo la leve sospecha de que alguno me traiciona, será eliminado drásticamente. Aunque decidiera huir, ni en la Luna estaría a salvo de mí.

—Bien, Corso, o usted es multimillonario o ha encontrado un manantial de oro.

—Huelo tus intenciones, Hank; no hagas más preguntas.

—De acuerdo, Corso; no hay preguntas.

— ¡Pues, adelante y suerte! Seguiré con atención vuestra acción.

¿Ya tienes estudiado todo el plan?

—Sí.

—Suerte, y hasta la próxima cita. Te avisaré como de costumbre No intentes buscarme porque no te lo permitiría y si haces bien lo que te pido, algún día tú y tus hombres, además del dinero, me lo agradeceréis. A los Estados Unidos les hacen falta hombres dispuestos a la acción como vosotros, no gallinas que retroceden ante el enemigo por presiones políticas internacionales. Nosotros somos el imperio más poderoso de la Tierra y no tenemos por qué doblegarnos ante nadie. Podemos arrasar cualquier país, en un abrir y cerrar de ojos; así hicimos claudicar a los japoneses enviándoles la bomba atómica. Sobran festivales, mascaradas electorales, y faltan corazones de hielo y acero. ¡Suerte, Han! ¡Suerte, muchachos!

Corso descendió de la cabina del camión de mudanzas y, sin prisas, muy seguro de sí, retornó al «Mercedes Benz». Al verle llegar, el chófer negro que se había mantenido vigilante descendió para abrirle la portezuela. Hank les observaba por los espejos retrovisores exteriores.

Cuando Corso se hubo aposentado dentro del lujoso «Mercedes Benz», el chófer se colocó frente al volante y con las luces apagadas, aguardó a que el camión de mudanzas se pusiera en marcha y se alejara delante de ellos.

—Míster, ¿les sigo?

—Nosotros llegaremos antes que ellos.

Aquella parecía una noche más, en el Neptuno Night Club. Los clientes adictos pedían sus consumiciones y obtenían sus tomas de droga del proveedor habitual, que podía cambiar, pero que solía llevar colgado del cuello una especie de medallón de madera con un cristal verde incrustado. En apariencia, el distribuidor de la droga nada tenía que ver con el local, pero, en realidad, era un empleado más del mismo.

Charlson era el gerente del club; se le conocía bien en el mundillo del hampa y, específicamente, del juego y la droga, mas nunca había sido encarcelado y tenía amistades entre los funcionarios de policía en distintos grados, funcionarios que practicaban el cohecho, sobornados hábilmente y nunca en forma directa o descarada, para que no quedaran comprometidos.

No es que todos estuvieran sobornados, pero bastaba con que uno, entre un montón de funcionarios honestos, se vendiera, para que Charlson pudiera librarse de los barrotes, al ser avisado con antelación de las *razzias.*

El pequeño escenario tenía una pasarela elevada a unos tres o cuatro pies de altura del nivel de la sala y que se incrustaba entre las mesas. Por esta pasarela iban y venían las danzarinas de *strip-tease* que

no dudaban en tomar alguna copa que se les ofrecía mientras eran manoseadas, lo que no les importaba demasiado si los clientes eran de primera fila, lo que equivalía a decir que eran clientes que dejaban una buena cantidad de dólares al Neptuno, un local montado con dinero de la Mafia, según se rumoreaba, aunque la documentación correspondiera a una sociedad anónima.

Los ojos atentos de los matones mantenían la vigilancia por si algún cliente se desmandaba, por exceso de bebida, o porque un *viaje* de droga le hubiera sentado como diez patadas en el bajo vientre.

Un hombre que vestía el uniforme de uno de los miembros del SWAT, es decir, policías de élite para situaciones difíciles y altamente peligrosas, se detuvo frente a la puerta de acero que daba a una calle estrecha y tranquila. Había ricos automóviles estacionados, pero un furgón oscuro, con las luces encendidas, taponaba la entrada del callejón.

Aquel hombre se enfrentó con la puerta, con un soldador oxidrílico. Llevaba dos pequeñas botellas a la espalda y un revólver de gran calibre con silenciador en el cinturón.

Con apenas ruido, el dardo del soplete oxidrílico cortó la plancha, alrededor de la sólida cerradura. Después, sólo tuvo que empujar la puerta y ésta cedió.

Uno de los hombres del Pelotón Yanqui quedó al volante.

Hank, armado con un fusil de repetición de alta fidelidad, calibre cuarenta y cinco, mira telescópica y silenciador acoplado, se acercó a la puerta y fue el primero en cruzar su umbral.

Dos hombres más, armados, le siguieron y no tardaron en aparecer otros dos, haciendo rodar un tonel de madera que parecía lleno y con una capacidad no inferior a los treinta galones. (En USA equivale a 113,55 litros.)

— ¡Adelante! —ordenó Hank.

Se introdujeron en el club por su salida de emergencia cuando vieron aparecer al vigilante. Hank no dudó en halar del gatillo de su fusil de repetición y tres balas, que semejaron taponazos de champaña, algo muy frecuente en el club, enviaron al infierno al empleado del Neptuno.

— ¡Vamos, rápido, al despacho! ¡Vosotros dos, ya sabéis adónde!

Los interpelados eran los que llevaban el tonel, y éstos se colocaron sendas túnicas de brillantes colores que ocultaron el uniforme y se cubrieron los rostros con carátulas de látex, que les daban un aspecto de seres infernales de epidermis intensamente verdes y voluminosas narices.

—Tú quédate vigilando el pasillo, que nadie salga. Mientras, ya sabes lo que hay que hacer.

Lo *que había que hacer* lo sabían perfectamente: disparar a matar sin hacer preguntas.

Hank, junto con el que llevaba el soplete y otro de sus hombres, se internó en busca del despacho de gerencia cuando aparecieron cuatro de las bailarinas del local que, al verles armados, se asustaron.

— ¡Silencio u os frío, sólo es una inspección policial! —les dijo Hank, tajante.

Con el cañón del arma las empujó hacia un cuarto de aseo.

—Todas dentro y sin hacer ningún ruido. Si se escapa alguien, tendremos que disparar.

Las chicas, engañadas, pensando que ciertamente eran policías, se dejaron introducir en el baño, que resultó el de caballeros, y encontraron a un empleado del club encarado con el urinario. Sus necesidades evacuatorias quedaron interrumpidas, súbita y desagradablemente, pues palideció al ver los fusiles y a los que, en apariencia, eran hombres del SWAT.

Hank y su secuaz halaron de los gatillos de sus respectivas armas, y éstas escupieron plomo asesino sorprendiendo a las infelices chicas y a} empleado del club, que antes de caer acribillado no había conseguido ni cerrarse la bragueta.

Las muchachas se desplomaron como muñecas desarticuladas, la sangre escapó de sus cuerpos casi desnudos, y el horror quedó reflejado en sus rostros jóvenes y excesivamente maquillados.

— ¡Vamos! —ordenó Hank.

— ¡Allí escapa uno! —gritó el que vigilaba la puerta.

Habían visto pasar una sombra y dispararon contra ella. Pese a correr, la sombra desapareció, mas en el suelo quedó un rastro significativo.

— ¡Está herido!... ¿Le buscamos, Hank?

—No podemos; ahora hay que ir al despacho, tenemos el tiempo contado. Ya nos ocuparemos de él.

El gerente Charlson quedó desagradablemente sorprendido por las armas que lo encañonaban y alzó las manos de inmediato.

— ¿Qué sucede, agentes? ¿De qué se me acusa? ¿Traen orden de registro?

— ¿Orden? Te la pasas por donde te quepa. ¡Vamos, abre la caja!

— ¿La caja? No, si no traen una orden del juez...

Charlson no había sido sorprendido solo en su despacho; allí había dos hombres más. El fusil de Hank apuntó a uno de ellos y escupió dos balas, que se metieron en el rostro de aquel desconocido, rostro que salpicó sangre en torno suyo y quedó desfigurado, antes de caer contra la silla y derribarla.

— ¡Abre la caja! —volvió a ordenar Hank, apuntando al otro

visitante de Charlson.

— ¡Vamos, abre la caja, no vas a dejar que me mate! —pidió éste, temblando.

—No sois policías, ¿verdad? —gruñó Charlson, frunciendo el ceño.

—Abre la caja o tú también te irás al infierno.

Charlson sacó unas llaves de su bolsillo y se enfrentó con la caja de caudales que estaba detrás de él. Al abrir la puerta, quiso tomar una pistola que allí tenía disimulada, mas recibió un balazo en el occipucio que empujó su cabeza contra el dinero y las bolsas allí guardadas, conteniendo distintas clases de droga.

— ¡No, no me hagan nada, yo no sé...!

El otro sujeto que fuera sorprendido en el despacho recibió tres disparos, con lo que dejó de suplicar.

— ¡Rápido, hay que guardarlo todo, tenemos el tiempo justo!

Por el escenario aparecieron los dos hombres del Pelotón Yanqui, empujando el tonel. Con sus rostros de demonios verdes provocaron risas entre la clientela del local. Sin inmutarse, se aplicaron en su trabajo poniendo el tonel de pie. Uno de ellos, con tranquilidad, extrajo de un bolsillo un pequeño aparato al que dio cuerda y lo conectó al tapón del tonel. El otro desplegó un cartel que clavó al tonel, y que con letras gruesas y muy claras, advertía: «¡BOMBA, PELIGRO!»

Salieron corriendo, mientras el público reía esperando algún *gag* humorístico con que la empresa deseaba sorprenderles; ni siquiera los matones se movieron para hacer nada.

Apenas habían desaparecido los dos sujetos de las caretas verdes cuando apareció un empleado de la sala de fiestas, apretándose el estómago. Escapándosele la sangre entre los dedos, corrió hacia la bomba. Se cayó de rodillas y volvió a levantarse.

— ¡Es una bomba, una bomba! —farfulló.

Se rieron de él, pero las carcajadas duraron muy poco.

El tonel estaba repleto de gasolina y el aparato de relojería llegó a su último tictac entre las risas de la clientela del Neptuno Night Club.

La explosión de aquella bomba gigante fue terrorífica.

Treinta galones de gasolina estallaron, inflamándolo todo en derredor y atrapando a los que se hallaban en el club. Las puertas volaron, mientras se iniciaba un incendio voraz y mortífero. El pánico cundió en la calle y en los edificios contiguos, pues las llamaradas aparecieron por puertas y ventanas.

Los bomberos no tardarían en llegar para encontrarse con un trabajo tan extraordinario como desagradable. Los muchachos de la prensa tampoco se demorarían y, al día siguiente, ríos de tinta tratarían de explicar aquella *massacre* nocturna.

CAPÍTULO III

El área estaba llena de edificaciones ruinosas, expropiadas para la remodelación del sector. Todo allí sería arrasado y, en el futuro, se levantarían arrogantes rascacielos.

La unión de corporaciones había comprado hasta el último apartamento y comercio. Lo cierto era que aquellas construcciones, en su día, habían sido baratas y de ínfima calidad. El paso del tiempo se notaba en todas ellas y carecía de sentido que subsistieran. Rótulos torcidos, puertas que daban bandazos, cristales rotos y muchos techos hundidos para que las habitaciones, ahora llenas de cascotes, no pudieran ser habitadas por quienes desearan esconderse o, simplemente, buscar un lugar donde dormir gratis.

Para nadie era un secreto que en el Little Old Side las ratas habían hecho su imperio, pese a los cascotes y raticidas que se habían dispersado profusamente; mas no sólo las ratas se cobijaban allí, sino que también lo hacían individuos que se escondían de la ley o de otras venganzas más particulares, pequeñas *vendettas*.

Ocultarse en el Little Old Side podía ser fácil, o muy difícil. Los obreros de la unión de corporaciones habían reventado, prácticamente, los techos, sin embargo existían sótanos, recovecos que a los obreros de demolición les habían pasado desapercibidos.

También había que tener en cuenta la peligrosidad de la zona, pues muchas fachadas corrían el riesgo de derrumbarse en el momento más inesperado, y no pocas habían oscilado al soplar el viento con fuerza.

Oír derrumbes en el Little Old Side era algo normal y que excitaba a las pandillas de chicos que se aventuraban por aquellos lugares, pese a las prohibiciones existentes. Las calles estaban cortadas por verjas y puertas de alambre de acceso exclusivo para los empleados de la unión de corporaciones.

En diversos lugares había buena cantidad de alambres de púas, de tal manera, que se creía haber puesto el máximo de dificultades para que nadie se introdujera en la peligrosa área de edificios en ruinas.

Moses Pacific Savage cruzó la calzada y anduvo junto a la fachada que se conservaba bien y que ya pertenecía al área de expropiación. Se detuvo, levantó una persiana metálica sin dificultad y se introdujo en un local comercial abandonado.

Volvió a cerrar la persiana y se deslizó hasta salir por una pequeña puerta, quedando, otra vez al aire libre, frente al barrio fantasma, la ruinosa cueva de los cuarenta o quizá mil ladrones.

Caía el sol de la tarde con alguna intensidad y las sombras se alargaban sobre el deteriorado asfalto por el paso de la maquinaria pesada que habría de transformar un barrio viejo y sucio en un exponente más de la arrogante y colmenista arquitectura yanqui.

M. P. Savage, alto, elástico, ligero, casi felino, de apariencia delgada pero amplio de hombros, con un tórax resistente y capaz de almacenar una buena cantidad de litros de aire, parecía saber muy bien adónde se dirigía. Su cabello lacio y abundante, cortado con fleco al estilo oriental, reflejaba la luz del sol decadente mientras sus ojos, intensamente verdes, se desplazaban de una ventana a otra.

Estaba seguro de ser escrutado con atención por fugitivos de la ley que por allí anidaban hasta que la gran maquinaria de la construcción lo arrasara todo y tuvieran que emigrar a otros lugares, buscando nuevos recovecos.

Avanzó varias manzanas en zigzag. Se introdujo por una puerta destartalada y, ante él, apareció una escalera que conducía a un techo inexistente, cinco o seis pisos más arriba. Los peldaños estaban destruidos en su mayor parte.

De pronto, cuando iba a cruzar el dintel de una puerta del bajo, cayó un cascote. Tuvo tiempo de mirar hacia arriba y descubrió el rostro de un muchacho que, al toparse con la mirada de Savage, se alejó corriendo.

— ¡Eh, chico, espera!

El muchacho asomó otra vez, pero fue para lanzarle otro cascote pesado y peligroso que no le acertó porque Savage saltó a tiempo hacia el umbral de la puerta.

—Muchacho… ¿pretendes abrirme la cabeza?

M. P. Savage pudo oír el ruido de los pasos por encima de su cabeza. El muchacho debía conocer bien el lugar, porque apareció por un hueco abierto en el techo y desde allí le lanzó una tercera piedra que tampoco consiguió tocar a Savage, aunque estuvo muy cerca de lograrlo.

— ¡Demonio de chico, si te has propuesto que te siga no vas a conseguirlo!…

Se introdujo por la puerta que le convenía y descendió por una escalera oscura que conducía a un sótano.

Pudo oír los pasos del chico no muy lejos, pero atrás. Savage olfateó el ambiente; olía a orín corrompido, a excrementos humanos, a podredumbre e incluso a cera quemada, lo que indicaba que habían permanecido largo tiempo allá abajo con velas encendidas y no hacía mucho de aquello; quizá acababan de apagar el cabo de vela.

Savage encendió un fósforo y miró en derredor. Estaba en un distribuidor y ante él tenía tres puertas a cuál más sucia. Una de ellas

aún conservaba el identificativo de W.C., sólo que se sostenía con un clavo, en vez de dos, y quedaba torcido. Optó por una de las puertas, pero al llegar a ella, el fósforo ya se había consumido. Se puso junto a la jamba, empujó la puerta con el pie y sonó un disparo, al tiempo que brillaba un fogonazo.

— ¡No seas estúpido, Fred, no te servirá de nada matarme! —dijo, sin moverse del lado de la puerta. —

— ¡Te estoy viendo, quienquiera que seas, y te agujerearé la espalda o la cara cuando asomes de nuevo! —advirtió una voz que mascaba las palabras; una voz que deseaba aparentar seguridad, pero sólo transpiraba nerviosismo.

—Estás en una ratonera, Fred, no tienes salida.

—Pareces muy listo, ¿eh? Te crees que lo sabes todo, hijo de las mil zorras...

Volvió a disparar a ciegas.

—No dispares otra vez, puedes darle al muchacho que ha tratado de despistarme. Anda tras de mí, oigo sus pasos y sería una pena que lo matases por error.

—Danny, ¿estás ahí?

No hubo respuesta. El silencio puso más nervioso al hombre que se ocultaba en el sótano pistola en mano y había halado del gatillo, con la esperanza de abatir al intruso que significaba Moses P. Savage.

—Respóndele, Danny —pidió Savage con suavidad, tranquilizador —. Sé que estás ahí; no te; he visto, pero sé que estás ahí. Tengo el oído muy fino, capto hasta tu respiración, pero si quieres un detalle, te diré que ha gruñido el penúltimo peldaño cuando lo has pisado. ¡Anda, dile a Fred que estás ahí y no correrás el riesgo de que te mate! Si te diera un balazo, posiblemente no se lo perdonaría a sí mismo, jamás. Fred no es tan canalla como él supone.

— ¿Quién diablos te crees que eres, para hablar de esa forma? —bramó Fred.

—Moses Pacific Savage, un reporter*free-lance.*He venido a verte, Fred. No tengo nada contra ti, en forma personal, y tampoco voy a decir nada a la policía.

—Entonces, ¿para qué diablos me buscas?

—Para hablar contigo. Y tú, Danny, dile que estás ahí y terminaremos por encender un cabo de vela para vernos las caras. ¡Ah, yo no uso armas!

—Pero eres un budoka —le objetó una voz muy juvenil.

—Danny, Danny, ¿estás bien? —inquirió Fred al oír su voz.

—Sí, estoy bien. He visto que él se disponía a bajar y le he tirado algunos cascotes, pero no le he acertado con ninguno. La verdad es que no sabía que era el Star-Budoka Savage.

— ¿Y quién diablos es Savage?

—Fred, eso te ocurre por no ver más televisión y leer los periódicos. Savage se mete en todos los grandes asuntos, en los más peligrosos, y deja con el culo al aire a más de un gerifalte.

—Enciende la vela y le veremos la cara a ese admirado tuyo que se llama Savage, pero si intenta una treta, lo llenaré de plomo, estoy armado.

— ¡Vamos, Danny, haz lo que te dice! No le pongas más nervioso, podría cometer una tontería irreparable. Está asustado y no es para menos, muchos le buscan y si yo le he encontrado, es fácil que los demás también lo hagan. Es el mejor testigo para contar algo de lo que ocurrió en el Neptuno Night Club.

— ¡Danny, date prisa!

— ¡Sí, ya voy, ya voy!

El joven, espigado y delgado, encendió un fósforo y no tardó en encontrar un cabo de vela que prendió, pues ya sabía dónde había una botella con una vela introducida en su gollete.

Dentro del cuarto estaba Fred, pistola en mano. Su mirada era vigilante, nerviosa, inquieta. Sus labios temblaban ligeramente; debía tener algo de fiebre y estaba muy pálido. De su cuello colgaba un collar con una especie de medallón de madera con un cristal verde incrustado. Estaba muy lejos de ser una esmeralda y tampoco pretendía parecerse a tal gema.

—Levanta las manos, Savage.

—No seas estúpido, no te voy a hacer caso —le replicó Savage, mirando el torso vendado de Fred. Se hallaba sentado sobre una colchoneta hinchable de lona y con la espalda apoyada contra la pared.

— ¡Si no lo haces, te voy a mandar al infierno!

—Vamos, Fred, no seas así, Savage no te hará daño.

El no busca peces pequeños como tú —rezongó Danny.

— ¡Cállate, imbécil!

— ¿Es tu hermano, Danny?

Danny, que había quedado afectado al oír que su hermano le insultaba, asintió con la cabeza.

—Y ahora que estás aquí, ¿qué es lo que quieres?

—Información.

—Te has arriesgado y has perdido el tiempo, yo no soy un soplón. Por cierto, ¿cómo me has encontrado? —Con información.

— ¿Te haces, el listo? Estoy mal y si me he de ir al infierno, alguien puede venirse conmigo. Me metieron dos plomos y todavía no sé cómo no estoy muerto.

—Sé que ha venido alguien a curarte, alguien que un día fue *doc*.

—Y lo es —puntualizó Fred.

—Es un jubilado que hace curas al margen de la ley porque no puede evitar atender a la gente.

—Es un buen tipo; no busca la *pasta* como otros que están hinchados de fama como pavos.

—Comprendo, pero siempre hay quien vigila los movimientos de los que han sido médicos o que, como éste, están jubilados y no se resignan a quedarse mano sobre mano hasta morir.

—Le ha dicho que, si va a un hospital podría salvarse, pero si continúa aquí morirá en unos pocos días.

— ¡Danny, no abras más la boca hasta que te lo mande! —bramó.

—Danny, tu hermano está muy nervioso. Es mejor que subas y sigas vigilando, ahora puede soltar tonterías que te afectarán.

—Sí, creo que será lo mejor —aceptó el chico, que lo mismo podía tener trece que quince años.

— ¡Espera, Danny! —le interpeló el herido.

— ¿Qué, Fred?

—Toma, toma unos dólares y ve a tomarte algo, tendrás hambre.

—Es igual, no quiero tu dinero.

Le dio una patada a un bote vacío que allí había, enviándolo contra una de las paredes y se alejó hacia la escalera.

—Creo que eres injusto con él, Fred. Está exponiendo su vida por ayudarte y tú, encima, lo insultas.

— ¡No te metas en asuntos de familia!

—Hay que darse prisa y salir de aquí. ¿Puedes andar?

—No voy a salir de aquí, no me vas a tender una encerrona. No me sacarán de este agujero.

—Te equivocas. Si te quedas aquí, te sacarán, pero con los pies por delante y directo hacia la Morgue. Si quieres, te cuento cómo será la autopsia.

—No me importa la autopsia; si estoy muerto, que hagan lo que quieran con mi cuerpo.

—Empezarán por el cráneo, te lo abrirán con un bisturí primero y luego con un escalpelo. Darán unos golpecitos y se levantará la tapa de la sesera como si fuera una cajita, pero eso no será nada comparado cuando el bisturí se hunda justo en la base del esternón y baje hasta los testículos...

— ¡Basta, basta!

Savage miró en derredor. Las condiciones de vida en aquel cuartucho subterráneo de un edificio en ruinas donde ya no había ningún servicio, y donde la podredumbre se acumulaba, eran francamente deplorables.

—El *doc* tiene razón, aquí reventarás en pocos días, pero no es eso

lo peor. Te buscan, sé que te buscan.

— ¿Quién?

—La policía. Saben que hubo un herido que escapó del infierno en que se convirtió el Neptuno. La policía, cuando quiere, investiga a fondo y si el club ardió, pudo salvarse algo de él, especialmente los lugares donde dejaste un rastro de sangre, rastro que fue seguido por la calle y terminó en el lugar donde hubo un automóvil aparcado.

— ¿Y tú cómo lo sabes?

—Tengo informadores, ya te lo he dicho.

— ¿Pagas bien a los soplones?

—Yo no suelo pagar a ningún soplón, simplemente hago favores y luego me los devuelven.

— ¿Qué clase de favores haces tú?

—Pues, ayudo a los peces pequeños a cambiar sus vidas de ruta. No lo consigo siempre, no hay que hacerse ilusiones, pero siempre hay posibilidades de cambio.

— ¡Ya! A ti te interesan los peces gordos.

—Eso es, me interesan los peces gordos. En el mundo capitalista, los negocios no empiezan si no hay alguien que aporte el capital inicial.

—Yo no soy culpable de nada, soy una víctima más. Llevo dos balazos, —No estarás muy tranquilo cuando te has escondido como una rata.

—Si no me escondo, me matarán.

— ¿Los que masacraron el club nocturno?

—Sí, sí, ellos.

Al verle toser con fuerza y temiendo que tuviera una desagradable hemorragia, trató de apaciguarlo.

—Te creo, Fred, te creo, pero hay mucha gente interesada en saber quiénes son los asesinos y cuáles son sus motivos,

—Yo no voy a abrir la boca; no sé nada.

—Mira, Fred, todos los periódicos van llenos y te voy a decir algo importante.

— ¡Pues escúpelo de una condenada vez y lárgate!

—El asunto de la masacre del Neptuno es cosa de la policía y no de los reporteros. —Naturalmente, pero vosotros los reporteros vais metiendo siempre las narices donde no os importa, para vender más revistas.

—Fred, lo del Neptuno no es un caso aislado. Escúchame bien, yo no estorbo las investigaciones de la policía porque respeto el trabajo de los hombres de la ley.

—Entonces, lárgate.

—Aguarda, no seas tan impaciente.

—No me queda otro remedio que escucharte, ¿verdad? —sonrió por primera vez, con la mano descansada contra la colchoneta hinchable, pero sin soltar el arma.

—El grupo que atacó al Neptuno ya lleva varios trabajos, y no sólo aquí, en California. Ha actuado en Nueva York, en Chicago, en Florida y más lejos. Ha actuado en Hong Kong, en Tailandia, Marruecos y seguro que en otros lugares. Yo no tengo toda la información de sus fechorías.

— ¿Sabe alguien que iban vestidos como los hombres del SWAT?

— ¡Vaya, eso no lo comentan los periódicos! ¿Como agentes especiales y tiradores de élite?

—Sí, como los hombres del SWAT, el uniforme y los fusiles. Yo los tomé por policías nada más verlos; creí que era una *razzia* en serio.

—Claro, y como tú llevas la droga encima para proporcionársela a los clientes, decidiste huir.

— ¡Yo no llevaba droga! —replicó, con intención de levantar de nuevo la pistola.

—No temas, no te voy a denunciar, pero sé que tú eras uno de los que vendían la droga entre las mesas; por ello, al verte sorprendido, huiste y conseguiste salvar la vida, sólo que los que atacaban no eran hombres del SWAT, sino asesinos muy especializados.

—Pues no parecían hampones, se movían como malditos policías, con disciplina militar. Uno de ellos mandaba.

— ¿Le viste la cara?

—Si.

—Eso es lo que la policía quiere de ti.

—No hablaré. Esos tipos parecen pertenecer a una organización fuerte. Si hablara, alguno de ellos me liquidaría después, jamás estaría a salvo.

— ¿Y crees que vas a estarlo ahora?

—Si se olvidan de mí...

—Es que no se van a olvidar de ti. Te están buscando como yo y si lo hace la policía, también lo harán esos tipos que tú dices que parecen policías o militares.

— ¿Y por qué se habrían de preocupar por un mierda como yo?

—Porque eres un testigo de primer orden; incluso has recibidos dos balazos de esos asesinos.

— ¿Y qué me estás pidiendo, que me entregue a la policía?

—Sería lo más sensato.

—Pues no lo haré. A mí no me enchironan para que luego un verdugo de la Mafia me asesine dentro de la cárcel por soplón, y una cárcel sí que es una verdadera ratonera.

—Has pasado ya por ella, ¿verdad?

—Sí, sí, he pasado por ella y vi que a un tipo lo metieron en una celda de castigo. Cuando lo sacaron estaba muerto, lo habían estrangulado. Dijeron que se había suicidado, pero nadie se lo creyó. La cárcel es el mejor lugar para ajustar cuentas, no tienes mucho por donde correr.

— ¿Por qué crees que los asesinos eran de la Mafia?

—No sé, no sé lo que me digo, estoy confundido.

—Yo sé que la Mafia de la droga también busca a esos tipos. Han dado varios golpes contra distintas familias mafiosas y organizaciones, incluso rivales, entre sí. Han creado un caos de desconfianza entre los mafiosos de la droga. Es posible que haya matanzas al estilo de las de Chicago en los años veinte; nadie se fía de nadie. Esos tipos, cuando actúan, tiran a matar, no dejan testigos por ninguna parte y luego se llevan la droga. Por lo que yo sé, y la policía también lo sabe, esa droga no vuelve a aparecer en el mercado, es como si desapareciera.

— ¿Crees que puede haber justicieros del mundo de la droga?

—No lo sé, Fred, quizá; no obstante, nadie tiene derecho a convertirse en justiciero de esa forma, matando. Creo en el derecho de la legítima defensa y ésta puede acarrear la muerte del atacante, pero no acepto a los que quieren ser justicieros matando allá donde vayan, incluso asesinando a gente inocente. Esos tipos que asestan golpes, casi mortales, en el mundo de la droga, se traen algo importante entre manos, es como si quisieran destruir todo el tinglado de forma draconiana. Además, deben saber mucho del mundo de la droga para atacar como lo hacen. Conocen las rutas de la droga, conocen a los *camellos* que las llevan. Saben en qué lugares de la Tierra se efectúan las transacciones y pasan de unas manos a otras. Saben qué grupo mafioso compra en cada ocasión y, por tanto, saben a quién hacen daño concretamente. Tu jefe, Charlson, era un hombre de confianza de los mafiosos de California, de esos tipos que se pasean en yate y aparecen en las fiestas de la alta sociedad de San Francisco o Los Ángeles, que pasan por honestos filántropos y entregan premios en las escuelas de niños o inauguran campos de deportes con un reverendo circunspecto al lado. Sí, ellos son los que controlan el negocio, aunque los que den la cara sean hombres como Charlson o tú, ya a nivel de distribuidor entre los clientes consumidores, es decir, entre los enfermos y viciosos.

—Si es como dices, ¡cómo estarán los de la *pasta!* —sonrió Fred, que de no haber notado tanto dolor en sus heridas habría reído de buena gana.

—Furiosos. No me extrañaría que ahora donantes anónimos ofrecieran sumas elevadas de recompensa para el que averigüe algo sobre los asesinos del Neptuno y se lo comunique a la policía.

—Es de risa, Savage, de risa; eres un tipo cachondo. De modo que

los grandes de la Mafia, los que nunca dan la cara, pero que se llevan la parte grande del pastel van a ofrecer recompensa a quien vaya con el soplo a la policía...

—Exacto, la policía puede atraparlos si encuentra una pista y luego, la ley los enviará al penal y, allá dentro, ya se encargarán los verdugos de la Mafia de ejecutar las sentencias. Como tú has dicho, hay mil maneras de asesinar dentro de la cárcel y pocas posibilidades para escapar.

— ¿Me pides que me entregue a la policía?

—Creo que si te entregas a la policía, aunque te parezca gracioso, la propia Mafia te protegerá para que le cuentes lo que sepas a los de la Metropolitana y a los federales, porque ambas policías andan metidas en el mismo asunto.

— ¿Y si los atrapan, qué sucederá luego conmigo?

— ¿Luego? Si no te llevan a presidio, yo te garantizo una salida rápida del país para que nadie te cace.

— ¿Y luego? —insistió.

—Si no quedas inválido, te pones a trabajar. No te hubiera ido mal, de haberlo hecho desde un principio. ¿Quieres que tu hermano Danny se vea, dentro de poco tiempo, como tú estás ahora? ¿Ese es el futuro que deseas para tu hermano pequeño?

—No.

— ¿Entonces?

—Siempre le digo que no me siga, que me deje en paz, pero el condenado me sigue.

—Te sigue porque eres su hermano mayor y, posiblemente, no tenga a nadie más. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas, no tenemos padres, pero podría buscarse amigos.

—Sí, podría buscarse amigos, seguro que estaría mejor que con un hermano que terminará por llevarle a la cárcel, sino a la tumba.

—Yo quiero lo mejor para Danny y, cuando tenga *pasta,* lo mandaré a alguna parte para que sea un tipo diferente de mí.

—Tú no tendrás nunca plata, Fred, nunca. Eres un perdedor y, encima, ahora estás tocado. Dale una prueba de valor a tu hermano.

— ¿Una prueba de valor, cuál?

—Entregándote a la policía voluntariamente.

— ¡Pues vaya prueba de valor! ¡Me llamaría cobarde!

—No, si le explicas por qué lo haces, demuestras arrepentimiento y le prometes que, en el futuro, no serás un repudiable vendedor de droga.

—Hablas mucho, Savage, demasiado, y tú no eres el que se está jugando la piel.

En aquel momento, Savage se volvió. Danny bajaba la escalera precipitadamente, lo que equivalía a que algo grave ocurría.

— ¡La policía, la policía está afuera!

— ¿Afuera? —inquirió Fred.

— ¡Sí, es un patrullero!

— ¡Diablos con la *bofia!* Y yo no puedo salir de aquí. Les recibiré a balazos.

—No hagas eso, Fred, será tu muerte.

—No, Fred, no hagas que te maten —suplicó Danny.

—Danny, vente conmigo y deja que tu hermano tome una decisión. Será un valiente si se entrega a la policía; ellos le cuidarán. No tienen nada en su contra y podrán descubrir a los que asesinaron a tantas personas en el Neptuno. Vamos, no hay tiempo que perder. —mirando a Fred, añadió—: Si usas la pistola, serás hombre muerto.

Savage empujó al muchacho y salieron corriendo del sótano, justo a tiempo cuando ya dos oficiales de policía, uniformados, se introducían en el edificio ruinoso empujando a un hombre anciano, prácticamente calvo y canoso que andaba aturdido, dando traspiés.

—Es el *doc* —cuchicheó Danny, junto a Savage, escondidos ambos para no dejarse ver.

—Esperemos que Fred no se comporte como un idiota. ¿Hay otra salida por aquí, Danny?

—Sí, desde aquí arriba se sale a otra de estas calles cerradas. Hay muchas casas en ruinas.

Los policías encendieron sus potentes linternas para descender al sótano al que les conducía el viejo médico jubilado. Al poco, uno de los agentes salió, regresando al automóvil. Allí tomó un maletín y retornó al sótano.

— ¿Será el maletín del doctor? —preguntó Danny, con un siseo.

—Es posible. Quizá el *doc* lo ha visto peor de lo que lo había dejado en su anterior visita.

—Yo quiero a mihermano, ¿sabe?

—Lo sé, pero tu hermano necesita ayuda, ayuda que tú no vas a poder prestarle y que tú también necesitas, Danny.

— ¿Yo?

—Tenemos que hablar, largo y tendido, de lo que haces y de lo que harás en el futuro.

— ¿Qué más da? Yo saldré adelante, ganaré buena plata.

— ¿Haciendo el mismo trabajo que tu hermano?

Danny bajó la cabeza, avergonzado, sin saber qué responder.

Al poco reaparecieron los agentes y Savage frunció el ceño al comprobar que iban solos; no se llevaban a Fred y el médico tampoco salía con ellos.

—Vuelven al coche; ¿qué pasará?

—No lo sé, Danny, pero hay algo que no me gusta. Quédate aquí.

Savage bajó corriendo al sótano y no pudo impedir que Danny le siguiera. Al llegar al sótano y, a la luz de la vela, descubrió a Fred y al viejo doctor esposados el uno al otro, y pasando la cadena de las manillas entre un hierro que sobresalía de la pared, posiblemente resto de algún soporte.

— ¡Savage, es una bomba, una bomba, lárgate ya! —le gritó Fred.

Savage descubrió el maletín y no dudó en tomarlo por el asa. Salió corriendo y pasó junto a Danny, que lo miró, apenas sin verlo, le pareció que Savage volaba.

Abandonó el sótano y corrió hacia la salida, a tiempo de ver cómo el patrullero se alejaba después de colocar la bomba. Savage giró sobre sí mismo como para tomar impulso, cual si fuera un atleta lanzador del martillo, y arrojó el maletín con cinco kilos de goma-2 que hubiera hecho que todo el edificio, ruinoso ya, se convirtiera en cascotes sepultando a sus víctimas, machacándolas después, si es que algo de ellas podía quedar tras la explosión del poderoso goma-2.

El maletín, por el aire, cruzó la calzada y se metió por el hueco de una ventana del edificio de enfrente. Entonces sobrevino la horrísona y brutal explosión.

Mientras, el falso coche patrulla, se alejaba en busca de la salida a toda velocidad, seguro de que la explosión atraería a más policías, pese a ser una zona de demolición.

Savage se hizo a un lado y gruesos cascotes penetraron por la puerta que acababa de cruzar. Incluso, varios cascotes hicieron impacto en el coche policial, abollándolo y rompiéndole el cristal posterior.

Cuando Danny llegó a lo alto, junto a Savage, aún pudo ver la gran polvareda que se había creado sobre una montaña de cascotes donde poco antes existía un edificio ruinoso, pero con cinco pisos de altura.

— ¿Por qué, Savage, por qué?

—Porque seguro que no eran policías aunque llevaran los uniformes, Danny. Esos tipos son condenadamente astutos y saben mucho de los sistemas policiales, yo diría que demasiado.

— ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Salir de aquí corriendo. Vamos a buscar a tu hermano y al doctor y nos los llevaremos de aquí. No tardará en venir la policía y también es posible que regresen ellos, camuflados de alguna otra forma. Se han propuesto asesinar a tu hermano y al *doc* y si no se lo ponemos difícil, lo van a conseguir.

Danny no podría olvidar jamás el acto de heroísmo de M. P. Savage que, con desprecio de su propia vida, había salvado las del viejo

médico y de su hermano Fred.

Savage no tuvo dificultades en romper las cadenas de las esposas. Tomó una piedra, apoyó la cadena contra el hierro de la pared y pidió:

— ¡Quietos!

Luego, lanzó su *kiai;* un *kiai* que ellos no pudieron oír, pero que brotó de lo más profundo del Ki de Moses Pacific Savage. El golpe aplicado con la piedra no sólo partió la cadena, sino que arrancó el hierro de la pared.

— ¡Vamos, doctor, yo llevaré a Fred!

Se lo cargó sobre la espalda, mientras Danny les indicaba el camino para salir por un lugar diferente al que llegarían los patrulleros de la policía buscando la explicación de la terrible explosión.

CAPÍTULO IV

Los perros pastores alsacianos y escoceses ladraban con fuerza, en sus respectivos habitáculos, cada vez que uno de ellos lo hacía primero, como señal de alarma.

Dos hombres se hallaban entrenando a seis canes que mantenían sujetos a una verja con cadenas en el campo de adiestramiento. Cada vez que uno de los perros alumnos ejecutaba una acción de rebasar una pared y sujetar al supuesto intruso que sostenía un palo en la mano, se le premiaba, y pasaba otro de tos perros a ejecutar el mismo trabajo.

El instructor que hacía las veces de intruso, iba disfrazado con ropas viejas y bien protegido ante las posibles dentelladas de los bravos animales.

La granja y escuela de adiestramiento para perros policía, se ubicaba en un lugar tranquilo, en la carretera del interior en dirección a los desiertos de California. En aquel lugar había vastas extensiones ralas de vegetación; no era el mejor sitio para vivir y tampoco para levantar grandes empresas que precisaran mucha agua. La granja de perros poseía un pozo propio y, mediante una bomba, se proveían del agua necesaria, no sólo para los perros y para la vida de sus instructores, sino también para mantener una vegetación adecuada. Se habían plantado árboles y arbustos, de modo que desde el exterior de la granja no se podía ver el interior, ya que inmediatamente después de la verja que circundaba las instalaciones comenzaba la vegetación que, además, hacía la vida algo más agradable en aquel caluroso lugar.

Un lujoso «Mercedes Benz limusina», con doscientos cincuenta caballos de potencia y capaz de rebasar los doscientos kilómetros por hora, pese a sus seis plazas, se salió de la cinta de asfalto para enfrentarse con sus cinco metros y medio de envergadura con la puerta metálica de la granja canina.

— ¿Llamo, míster? —preguntó el chófer negro.

Corso se había ajustado las gafas oscuras y mantenía pegada a su rostro la careta de látex que la desfiguraba para hacerla irreconocible y a distancia no era fácil notarla. La perfecta refrigeración con que estaba dotado aquel automóvil le permitía ir trajeado, con los cosméticos en la cara y sentirse a gusto. Corso sabía muy bien que si salía del coche, el calor le haría chorrear el cosmético y le resultaría insoportable la careta e incluso el traje. —Cinco cortos, uno largo y otro corto, vamos.

—Correcto, míster.

El chófer negro hizo sonar el claxon como contraseña y quedó a la

espera mientras un buen número de perros comenzaba a ladrar furiosamente ante lo que consideraban una intrusión en sus dominios.

No tardó en aparecer uno de los hombres del Pelotón Yanqui, que abrió la puerta. En apariencia, era un instructor de la escuela de perros policía y bajo aquella profesión quedaban al margen de las suspicacias de los agentes de la ley.

—Tenemos música, míster.

—Sí, pero suena muy mal. Esos condenados chuchos… —gruñó Corso.

El gran «Mercedes» se introdujo en la granja y la puerta metálica volvió a cerrarse tras él.

El chófer negro, en medio de aquella orquestación de ladridos, se dirigió a lo que constituía la casa vivienda para los instructores y allí se detuvo buscando sombra.

— ¿Lo recibirá aquí dentro, míster?

—Sí, Tom.

— ¿Me apeo?

—No. Eres negro, pero ya sabes que tengo plena confianza en ti.

—Gracias, míster.

— ¿Cómo te van los amoríos, Tom?

— ¡Bah! Ya sabe que con una fija no me avengo, me gusta cambiar.

—Muy bien, Tom, muy bien. Se habla de más con una, que con cincuenta.

—Tiene razón, míster. Cuando ves a la misma chica más de tres veces, siempre se ponen a hacer preguntas y eso me revienta.

—Tú harás dinero, Tom, seguro. ¿Crees que te pago bien?

—No puedo quejarme —sonrió.

—Sí tienes algún problema, sólo tienes que decírmelo. Me gusta que los hombres que trabajan para mí estén satisfechos.

—Gracias, pero no me hace falta nada.

— ¿Y la casa de New Orleáns de que me hablaste un día?

El chófer silbó en forma admirativa.

—Aquel apartamento es de los buenos, pero lo han subido un veinte por ciento y le han crecido alas para mí.

—Háblame luego de ese veinte por ciento; pienso que todo se puede solucionar.

— ¡Oh, míster, no le he pedido nada!

—Si me lo hubieras pedido te habría enviado al diablo, Tom. Tú me eres fiel, pero ¿para qué quieres el apartamento?

—No sé, a todos nos gusta tener algo propio, algo sólido para decir *esto es mío.* Allí reuniría a algunos amigos míos músicos, ya sabe que me agrada tocar el saxo.

—Sí, ya sé que lo llevamos en el maletero. Menos mal que no te

gusta tocar el piano de cola...

En aquel momento llegó Hank, el jefe del Pelotón Yanqui. Abriendo la portezuela del «Mercedes», se introdujo en él.

— ¡Hola, Corso, se está bien aquí dentro! Afuera, hace un calor infernal.

— ¿Cómo van los entrenamientos?

—Perfecto. Tenemos un campo de instrucción de lo mejor que yo he visto. Cuando se decida a que reclutemos a más muchachos, será fácil entrenarlos aquí, con la tapadera de la instrucción para perros.

—Sí, es un buen lugar, por eso lo escogí.

—Lástima del calor.

—No os faltan buenos frigoríficos, cajas de cerveza y refrigeración para dormir.

—Es verdad, Corso. Hay que admitir que es un buen lugar y basta que se acerque alguien para que tengamos orquestación de ladridos; es la mejor alarma.

— ¿Y qué tal son los perros?

—Muy buenos y fieros de verdad. Cuando un perro sale cariñoso, se convierte en carne para sus hermanos.

Corso se rio ligeramente debajo de la careta.

—No hay sitio para los débiles y cobardes, por eso os escogí entre los mejores sargentos de los Boinas Verdes, sabía que no me fallaríais. Ahora, cuéntame lo ocurrido, ya sabes que quiero la verdad con pelos y señales. A mí no se me engaña porque acabo sabiéndolo todo.

—Le he avisado por lo del tipo que escapó; ese tal Fred, un vendedor de droga del Neptuno.

—Sí. Te dije dónde podíais encontrarle y que era preferible que actuarais como agentes de la ley.

—Sí, fueron dos de los mejores con un patrullero y llevaron al viejo doctor, pero la cosa no salió bien.

—Mis informes son de que hubo una explosión en el Little Old Side. Se atribuye a gases acumulados, aunque no está determinada la causa todavía.

—Cinco kilos de goma-2, metida en un maletín y con un detonador de tiempo, igual que el que colocamos en el Neptuno para la bomba de gasolina.

— ¿Y qué sucedió, exactamente?

—Al parecer, el tal Fred no estaba solo como creyeron los muchachos. Verá, dejaron al doctor y al tal Fred sujetos en el sótano con la bomba, para que nada quedara de ellos, pero allí había alguien más escondido. Cuando los muchachos se apresuraban a alejarse del lugar donde iba a tener efecto la explosión, el tipo cogió el maletín y salió del sótano arrojándolo lejos. Demostró tener una fuerza

excepcional, el caso es que la explosión tuvo lugar al otro lado de la calle, derribando otro edificio.

— ¿Y tus muchachos?

—Tuvieron que abandonar el coche patrullero.

— ¿Robado?

—No, era una buena imitación. Teníamos localizada la radio de los patrulleros para que no se tropezaran con otro coche de verdad y se extrañaran al verlos. El caso es que el vehículo resultó abollado por los cascotes. Los muchachos no podían quedarse allí, sabiendo que acudiría la policía y se alejaron, pero desde el coche pudieron tomar un par de fotos; llevar una cámara siempre es bueno.

— ¿Tienes las fotos?

—Sí, ya están reveladas.

—Muéstramelas.

Hank sacó un par de fotografías de su bolsillo. En ellas, y teniendo en cuenta que habían sido tomadas en situación dificultosa y desde un coche en marcha, se podía ver claramente a un hombre alto, joven, con el cabello cortado al estilo oriental. En una se le veía de lado para lanzar el maletín; en la otra, estaba el maletín volando y el hombre ligeramente inclinado tras el lanzamiento.

—No cabe duda de que podría ser un campeón del lanzamiento del martillo —opinó Hank.

Tras la careta que ocultaba su verdadero rostro, Corso torció el gesto.

—Este hombre es Savage.

— ¿Savage?

—Sí, Moses Pacific Savage, el reportero *free-lance* que mete las narices en todas partes y luego lleva los asuntos que revuelve a la televisión, a los periódicos, a las revistas, a la radio, provocando escándalos sonados. Hay mucha gente que le tiene ganas.

— ¿Seguro que es ese Savage? —inquirió Hank, mirando la fotografía con detenimiento.

—Sí, le conozco bien, pese a que a él no le gusta aparecer en sus propios reportajes. Lleva de fotógrafo y filmador a un portorriqueño que se llama Juanito Chancleta, un tipo pequeño y delgado que se mete en todas partes. También suele ir acompañado de un gigante japonés que mide más de dos metros y fue campeón de Sumo, en Japón, un tipo que parece tonto, pero del que no puedes fiarte. Tiene la fuerza de un bulldozer y un cerebro comparable al de una computadora, según cuentan.

— ¿Y qué haría ese Savage allá en el Little Old Side?

—Buscar a Fred, seguramente, y se nos adelantó.

— ¿Cómo pudo encontrarlo antes que nosotros?

—Yo tengo los mejores informadores, pero él también los tiene. El éxito de un *freelance* como Savage, consiste en tener buenos informadores y si su trabajo tiene éxito, le llueven las denuncias de los tipos que tienen miedo de ir a la Justicia y acusar directamente por temor a las represalias.

— ¿Y le confían las denuncias a ese Savage?

—Sí. Él no se mete en asuntos pequeños y lo sucedido en el Neptuno ha hecho correr mucha tinta de imprenta.

—Es lo que usted quería, ¿no, Corso?

—Exactamente. Quería que los mafiosos de la droga se pusieron furiosos por el virulento ataque recibido, y así ha sido. No saben quién les ataca y desconfían entre ellos. Se están dividiendo y terminarán en una carnicería entre ellos mismos, matándose en plena calle. Nadie imagina que esos golpes contra el mundo de la droga los damos nosotros.

—Una labor que el pueblo americano, tarde o temprano, nos agradecerá.

—Sin duda, Hank, sin duda, pero no me gusta la intrusión de ese reportero en nuestros asuntos. Tiene fama de ser muy listo y, realmente, lo es.

—Nos ha sorprendido su aparición, puesto que no la esperábamos, pero ahora que ya sabemos quién es, podemos eliminarlo.

—No.

Hank trató de escrutar los ojos de Corso, que se escondían tras las gafas oscuras.

— ¿No dice que no le agrada su presencia?

—Sí, eso he dicho, pero Savage es muy peligroso. Sé de varios asuntos en los que se ha metido, asuntos internacionales, de envergadura, y ha salido bien de ellos.

—No será inmortal —objetó Hank, entre escéptico y despreciativo.

—Nadie es inmortal, pero hay individuos con más suerte que otros.

— ¿Y Savage tiene suerte?

—Eso parece. Savage tiene muchos contactos, conoce a mucha gente y se debe estar oliendo algo.

—Más que más para eliminarlo —insistió Hank.

—Sí, habrá que eliminarlo.

— ¿Cambia de opinión, entonces?

—No.

—No le comprendo, Corso.

—Existe una organización del crimen, sicarios a sueldo, que tratan de matarlo sin éxito. Sé que esa organización cobra de los enemigos de Savage, de los que quieren vengarse de él. En realidad, esa organización criminal nació en Oriente, aunque la componen tipos de

todas las razas. Su meta es eliminar a Savage.

—Pues no serán muy buenos, cuando no lo consiguen.

—Hank, tú has pasado demasiado tiempo en Vietnam y no conoces bien a Savage. Te convendría buscar sus reportajes y leerlos, no son simples cuentos de periodistas. Savage se mete en asuntos gordos porque está muy seguro de sí mismo. Dicen que es mitad oriental y mitad occidental y que, como budoka, no hay quien le venza.

— ¿Es olímpico?

—No; no participa en competiciones oficiales, sólo hace exhibiciones privadas, pero es muy bueno en judo, karate, Tae Kwon Do, Kung-Fu.

— ¿Una especie de Bruce Lee de la pantalla?

—Bruce Lee encarna personajes de historieta; Savage es una realidad, no lo podemos olvidar y tiene seguidores, muchachos y muchachas formados en sus técnicas que tratan de ser como él y son peligrosos porque desprecian la muerte y son insobornables.

— ¿Cuántos secuaces tiene Savage? —preguntó Hank.

—Nadie lo sabe.

— ¿Orientales?

—Sí y no... Orientales, negros, blancos, amarillos, de todo tiene. Cuentan que se forman en un lugar secreto, campo de instrucción, escuela o algo parecido, llamado Liberty Garden.

—Si me dice dónde está, lo arrasamos.

—No es tan fácil, nadie lo ha averiguado todavía, pero si Savage quisiera, en un momento dado podría presentarse en cualquier parte con un buen número de budokas como él, para hacer frente a grupos como el tuyo.

— ¿Budokas? ¡Bah, no es para tanto! Nosotros también sabemos karate, los siete somos cinturones negros, pero, además, sabemos muy bien que donde esté un buen fusil con bala explosiva y mira telescópica, no hay budoka que pueda hacer nada.

—De todas maneras, prefiero no cometer ningún fallo.

—Entonces, ¿cuál es su plan, Corso?

—Eliminar a Savage, pero no vosotros. No quiero que Savage llegue a capturar a uno de tus hombres y le haga hablar.

— ¿Hablar? —se rio Hank—. A mis hombres no los hace hablar nadie, ellos han luchado contra los vietkongs y se las saben todas.

—No subestimes a Savage, Hank; no lo hagas, porque puedes encontrarte en problemas como se han encontrado otros muchos, antes que tú. Savage conoce las técnicas de la acupuntura, todo lo más diabólico de la ciencia oriental lo sabe e, incluso, hipnotiza fácilmente.

—Sabe usted mucho sobre Savage.

—Sí, me he interesado por él, en varias ocasiones, después de conocer sus éxitos. No había llegado a suponer que algún día lo tendría enfrente como un obstáculo a salvar, como un problema a resolver.

—Entonces, ¿de ese asunto nos olvidamos mis muchachos y yo?

—Sí, Hank, otros se encargarán de Savage.

— ¿Y puedo saber quiénes son esos otros?

—Mejor que no, Hank, mejor que no. Me quedo con las fotografías, y vosotros, seguid en la granja hasta que te llame para darte más órdenes. El último golpe de mano ha sido muy espectacular, como darle una patada a un nido de avispas; todo zumba en derredor al Neptuno. Aquí no vendrá a molestamos nadie, porque nadie os va a relacionar con lo ocurrido, de modo que no dejes que tus hombres salgan de aquí. ¿Comprendido?

—Sí, Corso. Están acostumbrados a permanecer concentrados, como cuando operábamos en las junglas de Vietnam.

—Dé acuerdo.

Hank salió del coche y cerró la portezuela.

— ¿Nos marchamos, míster?

—Sí, Tom, vámonos y sube un poco la refrigeración. Sólo abrir la puerta ha entrado calor.

—*Okay,* míster.

Hizo dar la vuelta a aquel lujoso automóvil de cinco metros y medio de largo que en su interior poseía toda clase de lujos y confort, teléfono, bar, máquina de escribir, emisorareceptora... Pocas cosas podían faltarle a un coche como aquél, que lujosamente equipado podía llegar a costar casi cien mil dólares.

Uno de los hombres de Hank les abrió la puerta de la granja-escuela de adiestramiento para perros policías y el gran «Mercedes Benz» retornó a la cinta de asfalto, dejando atrás la bronca melodía de docenas de perros ladrando furiosamente.

— ¿Tan bueno es ese Savage, míster? —preguntó el chófer.

—Sí, muy peligroso, es preciso que muera. Ahora, pon algo de música, Tom, quiero relajarme.

—*Qkay,* míster.

Pulsó una tecla del *cassette* de alta fidelidad y estereofónico con que estaba dotado el coche y comenzó a sonar la *Novena Sinfonía* de Ludwig van Beethoven, en tanto las ruedas de aquella joya de la industria germánica rodaban a gran velocidad.

CAPÍTULO V

Christy, pese a su juventud, a su innata jovialidad, sufría de insomnio. Los estudios eran muy fuertes, deseaba doctorarse en Medicina, seguir la tradición familiar y, además, ella sentía vocación por la Medicina. Estudiaba en la Universidad y, al mismo tiempo, se interesaba por los idiomas, de tal forma que en tiempo de estudio le quedaban pocas horas libres. Todas sus puntuaciones eran muy buenas, gozaba del aprecio de sus profesores, pero le costaba muchas horas de estudio y por ello sufría insomnio, incluso ahora que estaba en vacaciones.

Había dormido mal, pese al barbitúrico que había tomado. Se había propuesto desligarse de todo, mas no lo conseguía, el insomnio era ya hábito en Christy, una muchacha muy hermosa y esbelta. Sus compañeros la habían nombrado reina de la facultad, pese a que ella no quería saber nada de concursitos de mises al sol.

Rubia, de nalgas redondas, pechos llenos y mirada limpia, abierta a

la franqueza y al contacto humano, pero una mirada que ahora estaba rodeada por ojeras y más en aquella mañana que se hallaba muy preocupada.

Miraba el teléfono con ansiedad. En más de una ocasión había estado tentada de descolgarlo y llamar a la policía, pero se había contenido. Su abuelo le había pedido que, aunque en alguna ocasión se retrasara mucho en su regreso a la casa donde vivían juntos, desde que los padres de Christy murieran en un accidente de automóvil, que no llamara a la policía.

—Pero abuelo, ¿dónde pasas tantas horas?

—Con los amigos, una timba, ya sabes, y si llamas a la policía lo vas a estropear todo.No querrás fastidiar a tu abuelo, ¿verdad?

—No —le había respondido.

Christy sabía que su abuelo no iba a las timbas porque cuando salía de su casa y tardaba en regresar, se llevaba el maletín de primeras curas, un maletín del que no se había desprendido pese a su jubilación oficial.

Christy no había querido preguntarle nada, mas era consciente de que su abuelo, por exceso de celo, por ayudar a la humanidad doliente, a los que sufrían sin poder acudir a un médico en pleno ejercicio de su profesión, podía tener más de un disgusto, pero también sabía que si privaba a su abuelo de la oportunidad de seguir ayudando a su prójimo, le mataría de esta forma, el abuelo se sentía todavía útil, aunque sólo utilizara su ciencia médica en contadas ocasiones, y no por lucro, sino por deseos de ayudar a quien estuviera en dificultades.

Su abuelo había pasado la noche ausente. Christy había abierto la puerta de su habitación y comprobado que la cama estaba intacta, pero el maletín faltaba.

Decidió esperar un poco más antes de llamar a la policía para denunciar la desaparición de su abuelo, que después de todo, y con los años que tenía, podía haber sufrido un percance.

Se escudriñó el rostro en el espejo y no le gustaron las ojeras que tenía. Se quitó la bata y se miró al espejo. Su cuerpo estaba terso; no tenía grasa. La piel era aterciopelada y blanco rosada. No había tenido tiempo ni para ponerse ante una lámpara de ultravioleta y, muchísimo menos, para ir a la playa o a una piscina para tostarse.

—Christy, te estás matando —se dijo a sí misma.

El barbitúrico, que no conseguía dominar su insomnio, le había producido algo de jaqueca. Se miró a través del espejo la cintura, el vientre prieto, sin «michelines», la ondulación de sus caderas, la redondez de sus senos, los pezones grandes y de un rosado luminoso.

—Christy, eres joven, tienes derecho a la vida.

Bostezó y, tirando la bata lejos, se fue a la ducha. Tras protegerse el cabello con un gorro de plástico, hizo que los finos dardos de agua repiquetearan sobre la suavidad de sus cueros, unos cueros apetecidos por la mayoría de los hombres de la facultad, pero que Christy no había puesto bajo las manos de nadie.

El agua templada la relajó. Salió de la ducha, tomó una toalla grande y se secó meticulosamente el rostro, los hombros, los brazos, el seno izquierdo y luego el derecho, las axilas. Así, quitó hasta las últimas gotas de agua de su piel.

Todavía se hallaba sin vestir, cuando sonó, estridente, el timbre del teléfono.

— ¡Gracias a Dios! —exclamó por lo bajo. Colgándose la toalla al hombro, fue hasta el teléfono y lo desahorquilló—. ¡Abuelo! ¿Eres tú?

— ¡Christy, Christy! ¿Me oyes?

—Sí, claro que te oigo. ¿Qué te ha pasado? ¿No crees que eres demasiado cascajo para pasarte la noche fuera de casa?

—Vamos, Christy, no seas dura conmigo, tengo problemas. Ven a verme enseguida.

— ¿Qué clase de problemas? ¿En qué lío te metiste?

—Christy, ya te lo contaré luego; ahora ven, ven, por favor.

— ¿Adónde?

—Coge un taxi y dile que te lleve al M.P.S.

— ¿El M.P.S.? ¿Y dónde está eso?

—Díselo al taxista y él te llevará, no te preocupes. No puedo seguir hablando. Ven, ven enseguida.

Y colgó.

— ¡Abuelo, abuelo!...

La muchacha resopló y colgó el teléfono con malhumor.

—M.P.S... ¿Dónde diablos estará eso? Podía haber ido en mi coche. ¿Por qué se meterá en líos?

Respiró hondo y buscó unas braguitas cómodas, transpirables, de color azul intenso; le agradaban oscuras. Luego se vistió con unos pantalones y una camisa tejana, sin preocuparse de ponerse clase alguna de sujetador. Tomó su bolso de cuero y salió del apartamento. Bajó en el ascensor y salió a la calle, tras recibir el saludo del conserje, cuando vio llegar un taxi libre, al que detuvo alzando la mano.

Saltó al interior del vehículo y preguntó:

— ¿Sabe usted dónde se halla el M.P.S.?

— ¡Claro, claro que sí, encanto! —asintió el taxista, un portorriqueño pequeñito, de ojos risueños y picaros, que no era otro que Juanito Chancleta, el amigo y colaborador de Moses Pacific Savage.

— ¿Y dónde diablos está eso? —inquirió Christy, perpleja.

—No te preocupes, yo te llevo sin problemas.

Juanito, conduciendo el falso taxi, se alejó del edificio de apartamentos.

El portorriqueño aceleró la marcha del coche al tiempo que vigilaba por el espejo retrovisor.

—No he oído nunca nada sobre ese lugar, M.P.S.

—Ya oirás hablar, no te preocupes.

Juanito observó que un automóvil les seguía. Para cerciorarse, cambió de dirección en tres ocasiones y el coche continuaba tras ellos. En el asiento posterior, Christy comentó:

—No es necesario que corra tanto; nos vamos a estrellar.

—Es que a este coche, para que se ponga alegre, hay que pisarle el *chile* y entonces brinca.

— ¿El *chile*?

—El acelerador, ya me entiendes.

Los neumáticos chirriaron espeluznantemente. El coche que les seguía se mantenía a distancia y Juanito sacó el taxi de la ciudad, por una carretera de segundo orden, procurando no transgredir ninguna ley de tráfico, pues no deseaba que la policía se le echara encima.

— ¿Está seguro de saber adónde me lleva?

—Claro que sí, encanto, lo que no sabía es que fueras tan guapa.

— ¿Cómo dice?

—Pues que el abuelo no me ha contado cómo eras.

— ¿El abuelo? Pero ¿quién... quién es usted?

—Juanito. No te preocupes, estoy con tu abuelo y atrás nos siguen.

— ¿Nos siguen? —A través del cristal, Christy pudo ver el potente «Mercury» azul oscuro que les seguía—. ¿Quiénes son?

—No lo sé, pero ya lo averiguaremos.

— ¡No entiendo nada! ¡Pare!

—Ahora no. Esos de atrás no llevan buenas intenciones, todo está preparado.

— ¿Preparado el qué, para qué?

—Ya lo verás. Agárrate fuerte y aguanta.

Dejaron atrás los últimos edificios de los suburbios de la gran ciudad y siguieron adelante. Juanito se salió por una carretera de tercer orden y tuvo que efectuar una brusca maniobra con el volante para no incrustarse contra la cabina de un camión que ocupaba casi todo el ancho de la estrecha cinta asfáltica. Se salieron de la carretera, levantaron una polvareda y sonó un claxonazo, pero siguieron adelante.

El camión estuvo a punto de ser embestido por segunda vez al toparse con los que seguían al taxi, pero también ellos consiguieron sortear el peligro, dejando al ayudante del conductor del camión más

blanco que la cera, mientras el chófer se ponía a silbar diciendo:

—Vamos bien. Cuando veas una floristería, encargaremos una corona para el próximo.

Frente a un bosque, Juanito se salió de la carretera, para tomar un camino de tierra que se dirigía justo al hueco que quedaba entre dos árboles. El taxi embistió contra lo que sólo era un decorado que traspasó en parte, desapareciendo por el otro lado.

Quienes les perseguían pudieron verle y uno de los cuatro hombres que ocupaban el «Mercury» perseguidor ordenó:

— ¡Adelante, nos la van a jugar!

El «Mercury» enfiló hacia el hueco abierto por Juanito al traspasar aquel decorado colocado en mitad del bosque, entre dos árboles y camuflando lo que podía haber detrás. Y lo que había detrás no era nada agradable...

Juanito había rodado sobre una especie de pasarela que cruzaba una charca profunda. Al otro lado, la pasarela tenía un rodillo de punto de apoyo. El coche pasó por encima y continuó con el resto de la pasarela, que se había convertido en una especie de balanza. Al llegar el coche al otro lado de la pasarela, y con su peso, hizo que la parte que cruzaba la charca se levantara por acción de la descompensación de peso, como cualquier juego de palanca en los parques infantiles.

El «Mercury», que esperaba pasar por el mismo lugar que lo hiciera el taxi, tuvo la desagradable sorpresa de encontrarse con la pasarela alzada y se metió de lleno en la charca, a gran velocidad.

Juanito, para rematar la trampa, hizo avanzar unos metros al taxi y salió del extremo de la pasarela que estaba sujetando. La parte alzada cayó sobre el techo del «Mercury», hundiéndolo más, cuando los que lo ocupaban trataban de salir precipitadamente.

Juanito salió del taxi y, junto a la charca, también aparecieron Savage y Ricky, que se quedaron mirando a los hombres del «Mercury», que luchaban por escapar del coche que se había hundido.

Chapoteando más que nadando, el primero de ellos llegó a la orilla. Savage le ayudó a salir, le cogió una mano y le oprimió los dedos hacia el interior de la palma con una llave de judo. El hombre puso los ojos en blanco y dio un chillido al que nadie pareció hacer el más mínimo caso.

—Ricky, desármale.

—Sí, sí, en se-se-guida.

Ricky le quitó una pistola y una navaja automática, que mostró a Savage. Este le dijo:

— ¡Al agua, Ricky!

Ricky cogió por el cuello al tipo y lo lanzó al agua. Savage,

suspirando, concretó:

—A él no, a las armas.

Tomó las armas y él mismo las arrojó a la charca.

—Bu-bu-bueno.

Ricky se acercó a la orilla y al que acababa de lanzar al agua y que trataba de regresar a la orilla, le cogió por los cabellos. Le alzó en el aire con una sola mano mientras el tipo chillaba y pataleaba en el aire, mientras sus ojos parecían querer escapar de las cuencas.

Juanito, al ver que uno de ellos blandía una pistola, con un *mae-geri* le arrebató el arma que, debido al puntapié de karate, cayó a la charca.

Otro de los tipos, al ver desde el agua que sus amigos lo pasaban muy mal, trató de huir trepando a la pasarela que había caído sobre el techo del «Mercury». Mas ya Savage iba a su encuentro y le propinó en la base del cuello un contundente *downward.* El golpe de mano-cuchillo le hizo retorcerse de dolor.

Lo sacó totalmente fuera del agua y lo registró concienzudamente. Llevaba una pistola con silenciador que Savage también arrojó al agua, y sin alzar el tono metálico de su voz le dijo:

—Estate quieto y será mejor para ti.

—Falta uno —advirtió Juanito.

—Está debajo de la pasarela —indicó Christy, que se les había acercado, intrigada y perpleja.

Savage le buscó con la mirada hasta descubrirlo, y entonces pidió a Ricky que se acercara con un gesto de su mano.

— ¿Qué, qué hago? —preguntó el gigante japonés de dos metros diez de altura y ciento ochenta kilos de peso. Bajo sus pies, enormes, la pasarela de madera y hierro gruñía.

—Bota un poco.

Ricky sonrió beatíficamente y comenzó a saltar. La pasarela se balanceó, en parte, y el hombre que se había escondido debajo de la misma debió golpearse contra el coche. Resopló y apareció gritando:

— ¡Basta, basta!

Otro de los que estaban en tierra trató de huir, corriendo. Juanito se dio cuenta de ello y corrió tras él.

— *¡Kiaiiii!...*

Juanito voló materialmente y, lanzando sus pies por delante, le aplicó un talonazo en la base del occipucio al fugitivo. Este, al recibir el impacto, cayó de bruces quedando tendido en el suelo boca abajo.

Juanito se volvió hacia la charca y pudo ver al último de aquel cuarteto, suspendido en el aire. Ricky le sujetaba por debajo de la nuca con su enorme manaza.

—No entiendo nada... ¿Qué pasa aquí, quiénes son ustedes? —

interrogaba Christy.

—Muchas preguntas para tan poco tiempo —le respondió Savage —. Ahora, hay que dejar a estos tipos en *slips*.

— ¿Por qué en *slips*? —preguntó la muchacha.

—Porque así tendrán más problemas para huir.

—Pero... ¿quiénes son?

—Christy, estábamos seguros de que serías vigilada y no nos hemos equivocado —le dijo Savage. Mirándole a los ojos de cerca, opinó—: Tú no duermes bien.

—Sí, tengo un poco de insomnio, pero ¿qué importa eso ahora?

—Ya hablaremos, ahora hay trabajo.

Los cuatro hombres fueron obligados a desnudarse, por las buenas o por las malas. Savage fue amontonando sus carteras para escudriñar sus documentaciones, y el resto de la ropa fue lanzado al interior de la charca.

— ¿Qué vais a hacer con nosotros? —preguntó uno del cuarteto.

—Sois los asesinos del Neptuno Night Club y os vamos a entregar a la policía —les dijo Savage.

— ¿Los de la masacre del Neptuno? ¡No, eso no es cierto!

— ¡No, no! —se apresuraron a negar los otros.

—Con que no, ¿eh? Os teníamos preparada la trampa, sabíamos que caeríais en ella. ¡Vamos, andando!

— ¿Adónde nos lleváis? —preguntaron, caminando descalzos con dificultad, evitando ramas y piedras que podían herir sus pies.

Detrás de una elevación del terreno estaba el «Daymio», al que se había acoplado un remolque cerrado. No era muy grande y tampoco alto. Savage lo abrió y ordenó a los capturados:

— ¡Adentro! ¡No es muy grande, pero adentro!

Parecía que iba a negarse a entrar en el pequeño remolque y Ricky intervino. Les empujó actuando como una presa, y de esta forma los metió dentro pese a los rugidos, protestas y obscenidades que soltaron. Savage cerró la puerta y pasó un grueso candado.

—Juanito, coge el taxi y síguenos.

—Sí, Savage, os sigo, pero no me hagas circular por lugares difíciles, que el taxi no es el «Daymio» —advirtió, pues el gran «Daymio», con las suspensiones hidro-neumáticas que llevaba, independientes para sus seis ruedas, se elevaba más de medio metro del suelo y la articulación de sus ejes le ayudaba a rebasar obstáculos que sólo *jeeps* militares podían salvar.

— ¡Christy, vente con nosotros! —le pidió Savage.

La joven estudiante de Medicina, nada más mirar a Savage, se dio cuenta de que nada malo debía temer de él, pues era todo nobleza; sin embargo, preguntó:

— ¿Adónde?

—A ver a tu abuelo.

Ricky abrió la doble portezuela posterior del gran «Daymio» y por delante del remolque se instaló en el sillón giratorio colocado tras los asientos. Cerró luego la doble puerta posterior, ya que el automóvil «Daymio» tenía línea de ranchera y donde debía ir el equipaje viajaba Ricky en su sillón giratorio, que le facilitaba la rápida salida del coche y que encaraba con el sentido de la marcha, una vez cerrada la doble portezuela.

El «Daymio» rodó unas pocas millas por el camino forestal y regresó a la carretera. Circuló hasta introducirse en el jardín de un chalet. El taxi conducido por Juanito les había seguido y los prisioneros sufrieron los botes del remolque en su incómoda postura de viaje, mientras el agua se escurría de sus cuerpos.

Al apearse del coche, por la puerta del chalet apareció el viejo doctor, que abriendo los brazos llamó:

— ¡Christy! ¡Christy!

— ¡Abuelo!

Ella le abrazó, pero luego se apartó un poco y mirándole dura y agresiva, inquirió:

—Abuelo; ¿en qué lío te has metido?

—Christy, ya te explicaré. Este hombre se llama Savage y le debo la vida.

— ¿Savage?

—Sí, M. P. Savage, reportero *free-lance.*

—Ya caigo, de la prensa amarilla —observó ella, poco dispuesta a congraciarse con Savage.

—De la prensa, la radio, la televisión, de lo que quieras, luego hablaremos. ¿Cómo sigue Fred, doctor?

—Mejor, mejor.

— ¿Y Danny?

—Junto a su hermano. Ese muchacho tiene buena pasta, sólo hace falta que le tiendan una mano y no dejen que se estropee en el ambiente que vive. Su hermano no es el mejor maestro para él.

—Me ocuparé de eso, *doc,* ahora voy a ver a Fred.

— ¿Sacamos a esos tipos del remolque? —preguntó Juanito.

—Sí, tú y Ricky; no les dejéis a solas.

—Pero ¿quiénes creen que son? —inquirió Christy, mirándoles alternativamente.

—Esos tipos son asesinos, encanto —le aclaró Juanito.

— ¿Asesinos?

—Sí, es muy posible que lo sean. Dentro de la casa hay un herido que tu abuelo ha estado cuidando y él podrá identificarlos —dijo

Savage.

—A mí todo esto me parece una farsa. Abuelo, regresemos a casa.

—Despacio, Christy, despacio. Te estaban vigilando, lo sabíamos y son unos asesinos. A mí me secuestraron cuando tú no estabas en casa, por eso no pude dejarte un aviso. Me llevaron junto al herido dos tipos disfrazados de policía y me sujetaron a la pared con unas esposas, dejándome al lado un maletín lleno de explosivos.

—Abuelo, creo que últimamente estás viendo demasiados telefilmes.

Savage se adelantó y encarándose con la arisca Christy, puntualizó:

—En la realidad también ocurren cosas desagradables, aunque explicadas a terceros parezcan historietas de aventuras.

—Yo no creo que haya tanto asesino suelto que se vaya disfrazando de policía para secuestrar a médicos jubilados.

—Si piensas que no existen pandillas de sicarios, te equivocas: sí las hay. Hace pocos días, una de ellas, que nosotros damos en llamar la Secta del Dragón Bicéfalo, asesinó a la chica de Juanito.

— ¿A la chica de Juanito? —repitió Christy extrañada, mirando al portorriqueño, cuyo rostro se había ensombrecido.

—Sí, así fue. Matan sin piedad. La policía debió encontrarla en el cuarto de baño. Muerte por accidente al resbalar saliendo de la bañera, determinarían, cuando en realidad le partieron el cráneo con un *yawara.*

— ¿Un qué?

Savage explicó entonces:

—El arma que emplea esos asesinos, un arma oriental muy especial.

— ¿Y esos asesinos son los que van a venir aquí? —inquirió Christy.

—No, son otros —dijo Savage, pues Juanito, recordando la muerte de Lolita, no quiso hablar más sobre el tema—. Los miembros de la Secta del Dragón Bicéfalo quieren asesinar a Ricky, a Juanito y a mí, por lo que tú dices que denuncio en la prensa amarilla.

—Pero ¿todo lo que me contáis es cierto?

—Claro que es cierto, Christy. ¡Anda, ven conmigo! ¡Me ayudarás un poco a salvarle la vida a Fred! —pidió su abuelo.

— ¿Fred…? Si hay un herido, ¿por qué no lo lleváis a un hospital?

—Porque en cuanto aparezca le matarán, ya han estado a punto de conseguirlo — explicó Savage—. Es el testigo de la masacre del Neptuno.

La muchacha, sin comprender muy bien lo que ocurría, acompañó a su abuelo al interior del chalet. Savage la dejó marchar delante y prefirió quedarse junto a Juanito y Ricky.

—Bien, hay que abrir la jaula para que salgan las fieras.

Abrieron el remolque enganchado a la parte posterior del gran «Daymio» y salieron los cuatro tipos, medio descompuestos, empapados y doloridos.

—Bien, ahora vais a confesar vuestros crímenes —les dijo Savage fríamente.

Los cuatro individuos no eran ningunos angelitos, y viendo que ellos eran cuatro y sus adversarios tres, como si se hubieran puesto de acuerdo antes de abandonar el remolque, a la voz de uno de ellos: «¡Ahora!», atacaron.

Los cuatro eran asesinos, pero no llevaban consigo pistolas ni cuchillos, tenían que atacar con pies y manos. Se creían poseedores de buenos puños, seguro que lo habían demostrado en callejuelas y locales nocturnos, mas todavía no se habían dado cuenta de contra quienes se enfrentaban, nada menos que tres budokas…

CAPÍTULO VI

Ricky ni siquiera se movió al recibir los puñetazos del más fornido de los cuatro asesinos a sueldo. Después, le cogió por la cintura. El tipo trató de soltarse, mas Ricky giró sobre sus pies y terminó lanzándolo con la técnica de *sumotori,* de la cual era campeón.

Su enemigo salió volando hacia el remolque, quedando encajado dentro del mismo.

Juanito no tuvo dificultades para propinar una *ashigatana* en el bajo vientre de su adversario.

— *¡Kiaiiii!*...

En su segundo ataque, Juanito propinó una patada en la mandíbula del tipo, que aún estaba encogido, y que acabó cayendo redondo al suelo.

M. P. Savage detuvo los golpes con sus brazos y empleando *Tae Kwan Do,* hizo que uno de sus enemigos rodara por el suelo con la cabeza torcida.

—*Kiai*...

El *kiai* de Savage no se oía, pero erizaba los cabellos de sus adversarios y les hacía trastabillar, ensordeciéndoles al mismo tiempo. Sólo quedó en pie el que parecía jefe de los cuatros y que se vio cogido por unas manazas que actuaron como tenazas en su cuerpo. Así fue alzado y sus pies buscaron la tierra donde apoyarse.

— ¡No, no me mates, no me mates! —suplicó, hablando con dificultad.

—Tenemos un testigo arriba. Estoy esperando que identifique a uno de los asesinos que se disfrazaron de agentes del SWAT para cometer la masacre del Neptuno. Cuando le haya identificado le entregaremos a la policía; lo que no sé es cuánto durará vivo cuando le metan en la cárcel a cadena perpetua. La Mafia tiene ganas de vengarse de quien le ha venido asestando estos golpes bajos.

— ¡Yo no sé nada, nada!

—Ricky, suéltale, yo me encargo de él. —Palmeó la mejilla del sicario, añadiendo—: Si no quieres recibir una demostración de la dureza de las Artes Marciales Orientales, no hagas el tonto.

— ¡No sé de qué me hablas, de verdad!

— ¿Ah, no? ¿Por qué habíais estado siguiendo a la nieta del *doc*?

—Ha sido un error.

—No seas estúpido, tú sabes quién soy yo y lo que pretendías era llegar hasta Fred para asesinarle, porque es el único testigo de la masacre del Neptuno. ¡Ricky!

— ¿Sí?

—Encierra a los tres dentro del remolque, así será más fácil para

entregarles a la policía.

—Sí.

—Tú eres Joe Harrow, ¿no es cierto?

—Sí, pero yo no sé nada de la masacre del Neptuno.

—Eso ya se aclarará. Vas a verte muy fotografiado; todo el mundo está ansioso por ver la cara de uno de los asesinos del Neptuno.

— ¡Yo no he sido, lo puedo jurar!

— ¿Desde cuándo se tiene en cuenta el juramento de un asesino?

Tras ponerle la mano sobre el hombro, Savage le obligó a dar la vuelta y así lo empujó hacia la casa, mientras Ricky y Juanito se encargaban de encerrar otra vez a los tres individuos en el remolque. Ahora, ninguno de ellos oponía resistencia. El correctivo que los budokas acababan de aplicarles les había puesto fuera de combate.

El tal Joe Harrow entró en la casa. Humillado, dolorido, en *slip* y camiseta, mojado y descalzo, fue conducido hasta la habitación de Fred. Allí estaban el viejo *doc,* su nieta, y también el joven Danny, que miró a Savage con admiración.

—Fred, mírale, mírale bien, porque tú eres el único testigo que puede llevar a los culpables de la masacre del Neptuno a la cárcel para toda la vida, y será una vida corta, porque los verdugos de la Mafia se encargarán de que así sea.

Joe Harrow estaba lívido. Se sabía el centro de todas las miradas y jamás se había sentido tan humillado. Trató de sonreír para restarle importancia a la situación en que se hallaba, pero sólo consiguió que le temblara la boca.

—Vamos, hijo, ¿es él? —apremió el viejo *doc.*

Christy, ceñuda, miraba a Joe Harrow y esperaba la decisión del testigo ocular, víctima de la carnicería perpetrada en el Neptuno, sobre la cual tanto y tanto se había escrito para informar a la opinión pública.

—Sí, es uno de ellos —dijo Fred, muy grave.

— ¡No puede ser, miente, ese tipo miente! —barbotó Joe Harrow, señalando al herido encamado.

— ¿Y por qué habría de mentir si él recibió dos balazos y, por suerte, pudo huir?

— ¡Es que no es cierto, yo no estuve en el Neptuno! Me enteré de lo sucedido por la radio y luego lo leí en los periódicos.

—Eso se lo cuentas al fiscal. Va a tener mucho placer en conocerte a ti y a tus amigos. Seguro que cuando te apliquen el tercer grado les cuentas hasta de qué estaba compuesta la primera papilla que tomaste.

— ¿Llamo a la policía? —preguntó el joven Danny.

—Sí, ¿por qué no? —asintió Savage—. Que vengan a recogerles,

será divertido ver cómo llegan una docena de coches. Posiblemente vengan hasta los del SWAT, armados hasta los dientes, pero se llevarán un disgusto al encontrarles en calzoncillos...

Al ver que Danny descolgaba el teléfono, Joe Harrow se lanzó sobre él, deteniéndole.

— ¡No llames!

— ¿Qué sucede, Harrow, supones que tienes alguna escapatoria?

— ¡Es que yo no fui y con un falso testigo me encontrarán culpable y no habrá quien me salve, estaré perdido!

— ¡Haberlo pensado antes de dispararme! —le recriminó Fred.

— ¡Tú no puedes reconocerme, no puedes! ¡Es mentira!

Savage saltó sobre Joe Harrow, inmovilizándole al ver que Fred corría peligro de recibir un mal golpe.

Joe Harrow, sujetado por una presa de codo, dio un respingo de dolor.

—Savage, yo no tuve que ver con el Neptuno, a nosotros nos han pagado...

— ¿Para qué?

—Para liquidarte a ti, Savage.

— ¿Sois asesinos a sueldo?

—Da lo mismo como quieras llamarnos, pero no llames a la policía; no lo hagas, porque no saldría vivo de todo este asunto.

—Es lo que suponemos todos. ¿No piensas tú lo mismo, Juanito?

—Ya lo creo que sí.

—Verás, admito que nos contrataron para, para...

—Vamos, Harrow, vamos, ¿por qué te atragantas? —le apremió Savage.

—Pues, ahí va. Nos contrataron para asesinarte a ti, Savage, y a él —señaló a Fred, que continuaba en la cama.

—Luego admites que eres un asesino...

—Era nuestro primer trabajo y ya ves que no ha salido bien.

—No me creo lo de que sea el primer trabajo.

—Si me acusan a mí por lo del Neptuno, lo que haréis es dejar libres a los verdaderos asesinos. ¿Es que no os dais cuenta?

— ¡Es usted un asesino! —acusó Christy, impresionada.

—Pues claro que lo es —corroboró el viejo doctor—. Tú no querías creerlo, pero son asesinos profesionales.

—Mucha gente muere asesinada, mucha gente inocente.

—Como Lolita —silabeó Juanito, con profundo resentimiento.

Jamás podría olvidar a la muchacha asesinada por la Secta del Dragón Bicéfalo, una banda de sicarios que nada tenía que ver con el Pelotón Yanqui, pero que sí tenía relación con todos los que habían jurado odio a muerte a Moses P. Savage, por sus innumerables

denuncias.

—De modo que teníais que asesinarme... ¿Y cómo supiste que yo tenía que ser la víctima?

—Me dieron unas fotografías para que no hubiera error.

— ¿Unas fotografías?

—Sí, están en mi cartera.

—Juanito, tráetelas.

—Enseguida, Savage —dijo el portorriqueño, alejándose hacia el coche.

—Tú continúa hablando... ¿Quién te contrató para asesinarnos?

—Un negro.

—No me digas... ¿De veras fue un negro?

—Sí, lo juro, aunque no os creáis mis juramentos. Un negro dijo que me pagaría bien.

— ¿Y te fiaste?

—Pagó... —tragó saliva con dificultad—, pagó la mitad por adelantado.

— ¿Cuánto?

—Treinta de los grandes.

— ¿Y treinta después?

—Sí, eso es. Diez por ti, diez por el herido y diez por el viejo *doc.*

— ¡Asesinos, asesinos! —gritó Christy, enfurecida.

—Tranquila, niña, tranquila —le pidió su abuelo, apaciguador—. Savage sabe lo que tiene que hacer.

— ¡Entregarles a la policía! —exclamó Christy.

— ¿Por un crimen que no han cometido? —objetó Savage—. Poco tiempo estarían entre rejas.

—Entonces, ¿qué hará, dejarles libres?

—Despacio, despacio, todavía les puedo entregar a la justicia por la masacre del Neptuno.

— ¿Es que no me crees? —insistió Joe Harrow, nervioso—. Nos contrataron para mataros a vosotros, nada más. Con todo el «cacao» que se ha armado con lo del Neptuno, no íbamos a ser tan idiotas como para meternos en este asunto, y más cuando se ha comentado que la Mafia pide las cabezas de los autores de la carnicería. No estamos locos, aún.

—Pues trabajáis para esos asesinos.

—No lo sabíamos.

—Bien, bien, todo se aclarará. ¿Dices que era negro?

—Sí. No le habíamos visto nunca, pero supo encontrarnos y también nos dio la contraseña. Sólo con la contraseña podía ser escuchado.

— ¿Y cuál es esa contraseña?

—«Vive y deja morir».
—Vaya, como la película de James Bond.
—Sí, no somos muy originales, pero sirve.
—De acuerdo. ¿Qué más?
—Nada más.
— ¡No seas estúpido, Harrow! ¡Con eso no convences a nadie! Tienes que contarnos algo del negro o de los amigos del negro.
— ¡No es cierto, no había ningún negro en el asalto al Neptuno! —gruñó Fred, en la cama, muy molesto. Todavía era presa del dolor de sus heridas.
—Savage, aquí están las fotos, ha dicho la verdad.
Savage tomó las dos fotografías que Juanito le tendía y en principio concretó:
—Son unas copias.
—Pero válidas, son las que me dieron a mí.
—Soy yo —admitió Savage—, y justo cuando lancé la bomba lejos de donde estaban Fred y el *doc* en Old Little Side.
—Lo que significa que los que han contratado a estos imbéciles que hemos cazado como a patos, son los que se disfrazaron de policías para hacer desaparecer a Fred y al viejo *doc,* y así eliminar a todos los testigos de la masacre del *night club.*
—Eso parece, Juanito, son los mismos, y si son tan eficientes, ¿por qué no se han encargado ellos mismos del trabajo, en vez de contratar a otros? Si querían eliminarnos podían haberlo hecho personalmente.
—No han querido correr riesgos.
—Seguramente.
Savage miró a Harrow, que acababa de hablar, y dijo:
—Se deduce que tienen miedo de cometer un error que los delate, o también puede ser que se hayan marchado a otro lugar. Esos tipos se mueven por todo el mundo, son muy expertos, auténticos profesionales de la muerte,
— ¿Qué vas a hacer ahora, Savage? —inquirió el joven Danny, que seguía frente al teléfono.
—No me queda otro remedio que entregar a Harrow a la policía. Decirme que un negro les ha contratado no es suficiente.
—Entonces, ¿llamo a la policía? —preguntó Danny.
—Si.
— ¡Espera, espera! —atajó de nuevo Joe Harrow.
— ¿Qué?
— ¡Hagamos un pacto!
— ¿Qué clase de pacto? No podemos esperar más; Fred debe ser curado en un hospital. ¿No es cierto, doc?
—Sí. En realidad, yo he hecho una cura de emergencia. Fred ha de

entrar en un quirófano o no vivirá mucho tiempo.

—Ya oíste, Harrow, no podemos perder el tiempo.

— ¡Nosotros no hemos matado a nadie, somos unos novatos en el asunto! Si nos dejas libres y al margen, te diré algo que puede interesarte.

— ¿Te vas a fiar de mi palabra? —inquirió Savage, esbozando una sonrisa irónica.

—Sí.

—Qué remedio, ¿verdad?

Joe Harrow sonrió, ambiguo.

—Me fío y eso basta, ¿no?

—Sí, eso basta, yo cumplo mi palabra.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—Hecho, pero que la información sea buena.

—Ese negro no sé cómo se llama...

—No es mucha información, entonces.

—Espera, espera —pidió Joe Harrow, que se sentía ridículo y el centro de todas las miradas.

—Si no encuentro a los que me dieron los plomazos, yo diré que fue uno de ellos — advirtió Fred desde la cama.

—Ya lo ves, Harrow, tu situación es muy crítica. Es un asunto muy feo, porque el que caiga se encontrará con la justicia y la Mafia en contra.

—Es como de metro sesenta y cinco de estatura, ñaco, lleva bigote, usa gafas oscuras y tiene el cabello rizado. Lleva un anillo de plata o platino en el dedo meñique de la mano izquierda, es un anillo fino.

—Harrow, comprenderás que son pocas cosas para encontrarle.

—Sí, sí, pero es que no he terminado. Ese tipo conduce un «Mercedes Benz» de color negro, y coches como ése hay pocos en la ciudad.

— ¿Quieres decir que ese negro que te ha pagado lleva un coche de cien mil dólares? — se asombró Juanito.

—Él lo conduce. Puede ser el chófer o el hombre de confianza del tipo que lleva atrás.

— ¿Fue a verte con ese coche?

—No, apareció de pronto, y cuando salió tomó un taxi, pero un taxi que suele estar en el aparcamiento para taxis del Plymouth Club, donde solemos estar nosotros. El taxista dejó al negrito en el Crestwood Park y se alejó. Dio una vuelta a la manzana y volvió a verle conduciendo el «Mercedes». Se extrañó, porque un coche de esa categoría no es usual que lo lleve un negro que coge un taxi para moverse por la ciudad.

— ¿Y la matrícula?

—Eso no lo sé, el taxista no la anotó.

—Es poco, Harrow. Si quieres tu libertad y la de los otros tres, si no quieres caer en manos del fiscal, que es lo que te conviene, debes sacudir más la lengua.

Estoy seguro de que sabes más. El crimen organizado no va a perdonar a nadie que haya colaborado con esos tipos de la matanza del Neptuno y otras carnicerías que siempre han afectado a la Mafia de la droga.

Joe Harrow comenzó a sudar copiosamente, Juanito, con su intuición latinoamericana, tomó una silla y se la colocó detrás. Harrow se dejó caer sentado.

—El propietario se llama Calloway. Posee una granja de perros policía.

—No desesperes, Harrow, pierdes un negocio pero ganas el pellejo.

—Sí, el pellejo es lo que más vale —admitió, con un suspiro—. No fue difícil averiguar el taller donde revisaban ese coche. Cuando lo encontramos, soltamos unas propinas y salió el nombre del propietario y lo que hace.

—De modo que una granja de perros policía... ¿Y dónde está?

—Hay que tomar la interestatal 680. Bueno, se sale a la altura de...

CAPÍTULO VII

La tarde iba muriendo y el sol caía, rojo, por el oeste. Podían verlo por el cristal retrovisor mientras avanzaban por el desierto de California.

Moses Pacific Savage conducía el gran «Daymio». A su lado viajaba Christy, y el coche arrastraba el remolque cerrado que daba fuertes tumbos al circular por aquel infernal camino, lejos de toda civilización.

M. P. Savage había pedido a Christy que le acompañara y la muchacha no había, opuesto reparos. Se había tranquilizado después de comprobar que su abuelo no estaba ni siquiera herido; no obstante, también se había dado cuenta de que se hallaban metidos en un gran embrollo, un embrollo que había hecho correr ya mucha sangre.

—Estábamos seguros de que tratarían de dar con el paradero de tu abuelo a través de ti.

— ¿Os habíais dado cuenta de que me vigilaban?

—No, no lo habíamos observado, han sido muy astutos. Juanito estaba alerta con el taxi justo después de llamar tu abuelo. Si había alguien vigilando, os seguiría. Y así fue.

—Y la trampa de la charca con la palanca para que cayeran dentro, también estaba lista, ¿verdad?

—Había que cazarlos vivos, y eso no es fácil cuando se sabe que son asesinos y todos van armados.

— ¿Y vosotros no usáis armas?

—No.

— ¿Por qué?

—Nosotros no somos policías, somos reporteros. Denunciamos muchas cosas sucias que, en apariencia, son limpias.

— ¿También en este caso?

—No hubiéramos tratado de meternos en este caso de haber sido sólo el asunto del Neptuno, eso es cuestión de la policía; pero tengo la sospecha de que los mismos hombres han dado un montón de golpes en distintos lugares de la Tierra, siempre haciendo correr la sangre como si estuvieran en un matadero.

—Pero si son tan peligrosos y vais sin armas…

—Sabemos arreglárnoslas con las manos vacías.

— ¿Empleando el karate, el judo y el Kung-Fu?

—Sí, y otras Artes Marciales Orientales; hay muchas.

—En realidad, ¿eres oriental?

—No, bueno, no lo sé.

— ¿Te gustaría serlo?

—Sólo pretendo ser ciudadano del mundo. ¿Qué más da ser amarillo, negra o blanco? Es simple cuestión de modas y gustos. Ahora el hombre blanco, por su civilización tecnificada, se siente más arrogante que las otras razas; sin embargo, los chinos ya escribían tratados de acupuntura hace tres mil años. Cuatro mil años atrás, los egipcios, que no eran arios, levantaron las pirámides, y en América está el Machu Picchu, obra de los quechuas.

— ¿Y qué dirá la policía por lo que ha hecho mi abuelo?

—No creo que diga nada. Está jubilado y no ha prestado asistencia a ningún hombre perseguido por la ley. En realidad, Fred ha sido herido por los asesinos. Él es un vendedor de droga, pero por ese asunto aún no es buscado. Tu abuelo le ha prestado la ayuda que necesitaba.

—Pero debió dar aviso a la policía después de hacerle la primera cura a Fred.

—Sí, pero como fue secuestrado por unos falsos policías, tu abuelo estaba desorientado. Luego dará noticia de las heridas de Fred y una ambulancia irá a buscarlo para llevarlo al hospital.

— ¿Todo tan sencillo?

—Si todo sale bien al final, sí.

— ¿Y por qué no avisas a la policía?

—Porque aún no estoy seguro de los palabras de Harrow. Quiero hacer un buen reportaje y no dar un traspié. Además, podrían capturar a los que entraron en el Neptuno para hacer la masacre y quizá escaparía el cerebro de todo lo que sucede.

—El cerebro, ¿quién es?

—No lo sabemos, y tampoco qué es lo que se propone. Parece como si fuera la obra de un hombre que odia a muerte el mundo de la droga y a los hampones y mafiosos que comercian con ella. Si es así, la opinión pública hasta podría llegar a tomarle cierto cariño.

— ¿Y tú no quieres que sea así?

—No.

— ¿Por qué?

—Es un asesino. Ese tipo y sus secuaces jamás piensan en las vidas que siegan, y ha habido demasiadas muertes. Es cierto que han exterminado a muchos seres repugnantes del mundo de la droga, pero también han matado a seres inocentes. Es como si la policía, armada de metralletas, para atacar a un ladrón de Banco, disparase contra toda la gente que se encuentra en las oficinas de ese Banco; como si sabiendo que hay un asesino dentro del Metro, a una hora en que los vagones van atiborrados, y para liquidar a ese asesino, colocaran una bomba que destrozara docenas de vidas. Quien hace tal cosa es un asesino, aunque pretenda pasar por un justiciero.

—Tienes razón, Savage.

Christy le miró de reojo mientras los faros del «Daymio» taladraban la noche del desierto, donde pequeñas alimañas nocturnas escapaban a los haces de luz como si se les abalanzara encima un monstruo rugiente de fulgurantes ojos.

Savage pisó el freno y detuvo el «Daymio», opinando:

—Creo que aquí será suficiente.

— ¿Para qué?

—Dejaremos a esos cuatro asesinos aquí. Con la ropa que llevan será un duro correctivo para ellos y les costará un poco llegar a alguna carretera y pedir ayuda.

— ¿No sería mejor que los entregases a la policía?

—Di mi palabra que no lo haría, pero es que, además, ¿de qué les iba a culpar?

—Intento de asesinato.

—Eso es muy vago, Christy; un buen abogado les sacaría enseguida. Creo que con dejarlos abandonados aquí, en mitad del desierto, será suficiente para que maldigan la hora en que se han metido en todo este lío.

— ¿Y si hablan luego?

— ¿Hablar? No, ellos no hablarán. Saben que si la Mafia de la droga se entera de que ayudaron al tal Calloway para suprimir a un testigo de lo ocurrido en el Neptuno, les costaría la vida. El crimen organizado, el mundo de la droga, no les perdonaría. Cuando vuelvan al mundo civilizado, seguramente con unas cuantas quemaduras por el sol del desierto, lo que harán es desaparecer durante algún tiempo por lo menos. —le palmeó la pierna, pidiéndole—: Aguarda aquí.

M. P. Savage descendió del coche y desenganchó el remolque. Cuando lo hubo hecho, abrió el remolque y, con la linterna, enfocó a los cuatro sicarios. Su aspecto era deprimente y no habrían estado peor si cada uno de ellos hubiera aguantado quince asaltos, en un *ring,* al mismísimo Cassius Clay.

—Os quedaréis aquí, y si os vuelvo a ver, os prometo que las fotografías que os he hecho aparecerán en primera plana de todos los periódicos, como los sujetos que trataron de asesinar al testigo herido de la masacre del Neptuno.

— ¿Dónde estamos? —preguntó Harrow.

—Un poco lejos de la ciudad, pero andando llegaréis. ¡Suerte!

Cuando Harrow y sus tres compinches quisieron reaccionar, ya era tarde. El «Daymio» se alejaba con los faros encendidos y ellos miraron en derredor, encontrándose a la luz de la luna con el más desolado de los panoramas, ni un árbol, nada en torno suyo. En calzoncillos y descalzos, tuvieron miedo por primera vez. Hasta pudieron escuchar, a

lo vivo, el aullido de un coyote, tal como infinidad de veces lo habían oído en las películas del Oeste.

* * *

— ¿Regresamos al chalet?

—No.

— ¿Por qué?

—Tu abuelo estará durmiendo ya, y también Fred.

— ¿Adónde me llevas, entonces? —preguntó Christy, con una sonrisa tenue.

—Hace una noche calurosa, mañana hará un día infernal; esos cuatro lo van a pasar mal.

— ¿Morirán?

—No creo, sólo si cometen estupideces.

—Tú tienes una moralidad muy especial, Savage.

—Lo admito, no tengo la moral de Oriente ni la de Occidente. Cada país tiene una moral propia, y también cada continente.

— ¿Cuál tienes tú, entonces?

Savage, que no dejaba de vigilar los posibles agujeros o rocas que aparecían en la tierra del desierto mientras rodaban con el «Daymio» en busca de la cinta de asfalto que les llevara a la costa, respondió:

—Mi moral es la más antigua, la más permanente la que subsistirá a través de los tiempos. Es la moral natural, la que llevamos impresa en nuestros genes.

— ¿Eres, entonces, naturista?

—No como lo entienden muchos; por supuesto que me importa un rábano desnudarme. El vestido es un invento de los hombres; no de la Naturaleza, ya que nacemos desnudos. Bueno, esto es sólo una observación representativa de lo que pienso, pero es lo más pequeño; quizá la punta que emerge de un iceberg sobre las aguas.

—Ya; el noventa por ciento de la masa del iceberg está debajo de las aguas y no se ve.

— ¡Exacto! Me han educado en una escuela yanqui; militarista por más señas. He recibido el adoctrinamiento religioso cristiano, pero también he bebido en las fuentes de la sabiduría oriental de Japón, China, Tibet y la India.

— ¿Y no te has hecho un lío con tanta moral, con tanta filosofía, con tantos dioses?

—No, porque he ido en busca de la esencia misma de la verdad.

— ¿Y la has encontrado?

—Casi. Por cierto, he estado hablando con tu abuelo de muchas cosas —le dijo, desviando un poco la mirada del cristal parabrisas para observar a Christy, que viajaba sentada junto a él.

— ¿Muchas cosas se refieren a mí?

—Algo.

— ¡Vaya con el abuelo, ha movido demasiado la lengua!

—Te quiere mucho; eres lo único en su vida.

—Y yo a él, además de mis estudios.

—De Medicina.

—Eso es.

—Sé que tienes una gran vocación.

— ¿Y piensas que es malo?

—No, todo lo contrario; sin embargo...

— ¿Qué?

—Te recomiendo que cuando te hayas doctorado, y después de algún tiempo de prácticas, vayas a Oriente y, con una mentalidad abierta, bebas en la Medicina milenaria. Seguro que después comprenderás mejor a tus pacientes occidentales y no serás como tantos y tantos médicos occidentales que se convierten en obreros deshumanizados de la Medicina; seres que no comprenden a sus pacientes y sólo piensan en beneficiarse económicamente de ellos.

—Eres muy duro, Savage.

— ¿Duro? ¿Cuántos hombres que pensaban dejar algo a su futura viuda o a sus hijos, se han visto esquilmados por algún médico sin escrúpulos, que sabía de antemano que no iba a conseguir nada positivo con él?

— ¿No confías en la humanidad de los médicos occidentales?

—Los que tienen humanidad, como tu abuelo, son la excepción; en general carecen de humanidad, van a sus intereses, lucro o investigación, a la conquista del éxito personal.

—Sin embargo, los hay muy amables.

—Su amabilidad es proporcional a la factura que luego pagará el paciente o su familia si fallece.

—Parece como si odiaras a la Medicina.

—Todo lo contrario, simplemente desprecio a los cuervos y a los semidioses. Un médico no es más que cualquier otro profesional, por lo menos en la Medicina tecnificada y deshumanizada. Quizá cuando eran más curanderos, más brujos, podían ser algo más. Ahora, que en muchas ocasiones una máquina bioelectrónica puede hacer idéntico trabajo que ellos, ya no.

— ¿Crees que la máquina suplirá al médico?

—Al médico-médico, jamás; pero al médico que atiende a mucha gente por todo el mundo, puede que sí. El paciente se tiende en una camilla, una enfermera le aplica una serie de sensores y electrodos, la máquina capta la velocidad de la sangre, saca muestras, la analiza sobre la marcha, averigua la capacidad respiratoria, ritmo cardíaco,

funciones electroencefálicas, etcétera. La máquina computa los datos recibidos y da un resultado en el que ya sale hasta la medicación.

—Pero, ese sistema que no es malo del todo, podría tener muchos errores de diagnóstico.

—Menos que los que cometen miles de médicos a diario y que nadie se atreve a descubrir ni a reprochar. Los errores de los médicos, como alguien puntualizó, se entierran y luego se olvidan. Bueno, ¿qué te parece si dejamos el tema? Sería muy largo y no quisiera quitarte esa vocación que tienes, porque me parece maravillosa; un médico vocacional es como un sacerdote.

—Sí, creo que es bueno hablar contigo, Savage. ¿Qué más te ha dicho mi abuelo?

—Que te entregas tanto a tu estudio que estás excesivamente nerviosa, que padeces insomnio.

—Es cierto, pero no tiene remedio.

— ¿Por qué?

—Ya he probado la quimioterapia para dormir y no lo he conseguido, barbitúricos y otras cosas, ya sabes, pero sólo me atonto.

—Lo que haces es envenenarte, Christy. Tomar muchas pastillas para dormir o para los nervios, es envenenarse.

— ¿No crees en esos sistemas para vencer el insomnio?

—Claro que no.

— ¿Lo dices porque duermes a pierna suelta?

—Yo practico una mezcla de técnicas yoga y zazen para estar equilibrado y no tener problemas de descanso.

Un camión pasó a gran velocidad junto a ellos, horadando la noche con sus potentes faros.

—No todos están de acuerdo en que las técnicas yoga y zazen vayan bien.

—Si no se hacen con entrega, con interés, es lógico que no funcionen; claro que también hay muchos que pretenden asimilar y comprender en quince días, a una hora diaria, lo que otros tardan años en aprender con los mejores gurus del Extremo Oriente.

—Hizo una pausa en la que Christy permaneció callada y prosiguió —: La simple digitopuntura puede solucionar más problemas de los que creen los médicos occidentales, y la digitopuntura la aprenden en China hasta los niños en los parvularios, y se ayudan unos a otros cuando tienen problemas; de este, modo se utilizan menos fármacos que, a la corta o a la larga, envenenan el cuerpo.

— ¿No habrá mucho mito en la digitopuntura?

—No, se trata simplemente de saberla aplicar. Si no se conoce bien la técnica se correel riesgo de provocar efectos negativos. Lo que la digitopuntura tiene de malo para los médicos occidentales es que se

pierde mucho tiempo y cuantos más pacientes pasen por la consulta en el mínimo tiempo, tanto mejor, y si se dedica más tiempo al enfermo, la factura por la consulta crece y aumenta. No, la dígitopuntura no entra en la mentalidad lucrativa del médico occidental que puede practicarla esporádicamente, casi como *hobby,* pero nunca como norma.

—Hablas como si supieras practicar la digitopuntura.

—Sí, y la acupuntura y la lobulopuntura, sólo que en según qué países, como Francia, no las aplico porque están reservadas a los médicos, y me parece muy bien.

Christy estaba intrigada con respecto a Savage. De reojo había observado su cabeza, su perfil noble. Como hombre era inmejorable y se sentía profundamente atraída hacia él. Deseaba que él extendiera su brazo y la enlazara, estrechándola contra él. Era un sentimiento natural, casi visceral, espontáneo; algo que quedaba por encima de todo raciocinio, de toda fría elucubración cerebral.

—Mira, allí ya se ve la línea del mar y brilla por la luz de la Luna.

—Es verdad, se ve hermoso.

La pequeña carretera comarcal pasó por encima de la autopista y unas millas más lejos cruzaron la vía férrea.

—No podremos llegar; el lugar es muy abrupto —opinó la joven rubia.

—No temas, este coche es mejor que un *jeep* cuando se le aprietan estos botoncitos.

Savage fue oprimiendo sucesivamente seis botones, cada uno de los cuales correspondía a la suspensión hidroneumática de cada una de las ruedas. El automóvil, sin detenerse, se fue elevando, separándose de las ruedas, creándose una distancia muy considerable entre el suelo y la panza del coche para así poder rebasar toda clase de obstáculos. Se introdujo por un camino tortuoso por el que jamás habían pasado vehículos con anterioridad.

—Ahí tenemos la playa.

Detuvo el «Daymio» sobre la arena, dejando atrás unos grupos de rocas. Las olas eran apacibles, acogedoras; apenas se notaba la espuma y el rumor era ligero.

—La verdad es que no tengo sueño. ¿Nos bañamos? —propuso Savage.

—Si te parece bien…

Ella sonrió dentro de la oscuridad del automóvil, pues Savage había desconectado el motor y apagado todas las luces.

— ¿A lo naturista?

— ¿Te da vergüenza?

—Un poco.

— ¿No lo has hecho nunca?

—No.

—Aquí nadie te va a ver; es de noche, y este lugar es muy solitario.

—Están tus ojos, Savage.

—Palabra que a menos que me levantes el castigo, porque será un castigo, te prometo mirarte con la mayor naturalidad y si me lo exiges, de cuello hacia arriba...

Christy se echó a reír.

—De acuerdo, vamos a bañarnos.

Savage se apeó del auto y sacó una manta que extendió sobre la arena. Christy se desnudó y cuando lo hubo hecho, corrió hacia el agua, zambulléndose. Apenas un par de minutos más tarde, la figura bronceada de Savage se introducía en el océano, suavemente, sin apenas salpicaduras.

Christy le vio nadar alrededor de ella y la muchacha se sintió a gusto, protegida y no acosada. Tenía plena confianza en aquel hombre rabiosamente atractivo al que casi acababa de conocer.

—Savage...

— ¿Qué?

— ¿Hay tiburones por aquí? —preguntó, notando el sabor del agua salada en sus labios.

—Sí.

— ¡Uy, pues me salgo! Desde que vi la película *Jaws,* me dan mucho miedo esos monstruos.

Christy nadó un poco más y abandonó el agua. Ya sin correr, se dirigió al coche y al ver la manta sobre la arena, se tendió en ella boca abajo, dejando que la luz de la luna bañara su piel. Escuchó los pasos de Savage sobre la arena, se le acercaba y conteniendo la respiración, no se movió.

El hombre de intensos ojos verdes se arrodilló junto a ella. Su cuerpo goteaba el agua salada del océano.

—Le prometí a tu abuelo ayudarte.

— ¿Cómo? —inquirió Christy, sin volver la cabeza.

—Sólo se trata de quitarte el insomnio.

— ¿Con digitopuntura?

— ¡Claro!; si me dejas que te la aplique.

—Bueno, ¿por qué no?

—Relájate, tranquilízate; no pienses en nada.

—Lo que tú digas, Savage.

Cerró los ojos, mientras notaba que las yemas de los dedos del hombre se desplazaban sobre su piel, a lo largo y ancho de su espalda, de su cuerpo. Sintió presiones y caricias y se estremeció. Deseó que aquellas caricias no terminaran nunca y como si Savage adivinara su

pensamiento, insistió en los lugares apropiados del cuerpo femenino que vibró y se relajó, entregándose a los dedos de Moses P. Savage, que no parecía tener ninguna prisa en concluir aquella terapia contra el insomnio de Christy.

CAPÍTULO VIII

Tom, el chófer negro, repetía la historia por enésima vez mientras en el asiento posterior, Corso, el propietario del «Mercedes Benz 600» permanecía ceñudo.

—Es como si a Harrow y a los suyos se los hubiera tragado la tierra. He estado preguntando y nada, ni rastro; tampoco aparece la nieta del doctor ni se ha visto a Savage por ninguna parte.

—Esos imbéciles... no debí confiar en ellos. Son sicarios de baja estofa.

—Mejor hubieran hecho el trabajo Hank y sus hombres.

—Sí, creo que tienes razón, pero no quería comprometerlos

demasiado.

— ¿Qué cree que pasará ahora?

—No lo sé. Si Savage se ha enfrentado a esos sicarios, puede estar herido.

— ¿Y cómo lo averiguamos?

—Hank y sus hombres entrarán en acción.

— ¿Serán ellos los verdugos de Savage?

—No queda otro remedio. Ese tipo se ha metido demasiado en el asunto y luego está el testigo herido al cual protege.

— ¿Sabe algo la policía de ese herido?

—Poco; sólo que está escondido y herido y que se llama Fred.

Tom detuvo el «Mercedes» delante de la puerta metálica de la granja escuela para perros policía. Era ya de noche y los faros arrancaban destellos de la bien cuidada alambrada que no permitía el paso a ningún animal extraño que quisiera infiltrarse en la granja.

—Llama para que te abran,

Tom tocó el claxon según la contraseña y aguardaron en medio de la sinfonía de ladridos que alertaron de la presencia de extraños.

Uno de los hombres de Hank abrió la puerta, y el coche, majestuoso y silencioso, pasó al interior. Los perros no cesaban de ladrar. Se encendieron varias farolas dentro de la granja, dejando sus caminos bien iluminados.

El lujoso automóvil se detuvo ante el porche donde había cuatro de los hombres del Pelotón Yanqui tomándose unas cervezas y escuchando música. Ninguno de ellos se levantó de donde estaba, aunque sí observaron el coche cuyo interior se hallaba oscuro.

Hank, que había sido avisado, apareció en el porche. Miró el coche y sin decir nada a sus hombres, abrió la portezuela y se introdujo en el vehículo sentándose junto al cerebro de la organización.

—Buenas noches, Corso. ¿Pasa algo?

—Sí.

— ¿Problemas?

—Sí.

— ¿Podemos solucionarlos nosotros?

—Para eso he venido, Hank.

— ¿La Mafia, la policía?

—No.

— ¿Quién, entonces?

—Savage.

— ¡Ah, ese reportero! ¿No dijo que otros lo eliminarían?

Corso, siempre ocultándose aun de sus hombres de mayor confianza, explicó:

—Envié a cuatro asesinos a sueldo, les pagué muy bien.

— ¿Y...?

—No han vuelto.

— ¿Supone que Savage los ha eliminado?

—No lo sé, pero no han vuelto. Puedo controlar todos los hospitales, toda la asociación de médicos, controlo la Morgue y las estaciones de policía.

— ¿Ha comprobado en todos esos lugares?

—Sí.

— ¿Y no aparecen por ninguna parte?

—No.

— ¿No se le ha ocurrido pensar que hayan podido tomar el expreso de Chicago o un avión para Río de Janeiro, con el dinero que les ha pagado?

—Les he pagado con billetes falsos.

—No me diga, Corso. ¿Billetes falsos?

—Sí; después de todo, no eran más que vulgares asesinos.

—No nos habrá pagado a nosotros también con billetes falsos, ¿verdad?

—Vosotros no sois vulgares asesinos, sois los hombres que salvaréis a América; es diferente.

— ¿Y si esos sicarios son descubiertos como portadores de billetes falsos y le denuncian a usted, Corso?

— ¿A mí? —se echó a reír, seguro de sí mismo.

—De acuerdo, de acuerdo, nadie conoce su identidad, pero hablemos de ese Savage que nos ha creado problemas llevándose al testigo.

—Hay que eliminarle como sea, aunque tenga que hacerse a pleno día.

—Ese trabajo puede hacerse con los trajes de los hombres del SWAT. Nadie nos pondrá dificultades, nos dejarán disparar a placer.

—Sí, es el mejor camuflaje. Vestidos de hombres del SWAT, tenéis vía libre para vomitar plomo.

—Pero es preciso averiguar dónde se esconde.

—En este momento no lo sé, mis contactos los buscan, la policía también, y no creo que hayan salido del condado.

— ¿Por qué?

—Conozco las intenciones de Savage.

— ¿Le quiere chantajear?

—No, lo que él pretende es hacer un reportaje y sabe que si lo consigue tendrá un gran éxito, lo venderá caro. Toda América, de costa a costa, está pidiendo la captura de los asesinos del club Neptuno y si ese hijo de perra pone el reportaje en la televisión con fotografías y nombres, dando detalles, será su gran trabajo.

—Pero ¿qué nombres va a dar, si no conoce ninguno?

—Él tiene un testigo y parece que lo protege mejor de lo que lo haría la propia policía.

El testigo puede reconocerme, pero si no vuelve a verme…

—Hank, no podemos subestimar a Savage y a sus amigos; ya han escapado dos veces.

—Pues a la tercera no escaparán, de eso nos encargamos nosotros, ya verá ese periodista del demonio. Siempre me han caído mal esos reporteros *free-lance* que se dedicaban a criticar nuestra lucha en Vietnam; ellos hundieron a Nixon. Los reporteros merecen un correctivo, de cuando en cuando —dijo Hank, mascando las palabras como si en ellas fuera mezclado un odio macerado hacia el mundo de la información al que parecía hacer responsable de la retirada yanqui de Vietnam.

Mientras, sin que ellos lo notaran, se habían aproximado a la granja unas figuras humanas que habían estado vigilantes.

Ricky, con una barrena de mano gigante, de más de un metro de largo, comenzó a horadar la tierra mientras Juanito y Savage encajaban unos tubos con otros, formando así un tubo de unos veinticinco pies de largo y en uno de cuyos extremos colocaron unas ramas atadas.

— ¿Listo, Ricky? —preguntó Savage.

—Sí, sí, lis… lis… listo.

—Pues, arriba.

Colocaron el tubo en vertical, encajándolo en el agujero hecho en la tierra. Lo sujetaron con cuñas y Savage le dijo a Juanito Chancleta:

—Es tuyo.

— ¿Y… y los… los gatos? —preguntó Ricky, el gigante japonés, que tartamudeaba siempre que no hablaba su propio idioma.

—Yo subiré, os diré lo que vea y las fotografías que puedo hacer.

—Adelante, pero si disparan, salta al suelo, no te quedes arriba como una diana.

—Descuida, Savage, no tengo ganas de que me agujereen la cáscara.

Juanito comenzó a trepar por el tubo que se balanceaba ligeramente, pero que bien sujeto en la tierra resistía el escaso peso del portorriqueño, que trepaba hacia lo que sería su atalaya para escudriñar el interior de la granja, por encima de la verja metálica y electrificada que la circundaba.

Los perros aún ladraban esporádicamente por la presencia del «Mercedes Benz», cuando Savage se acercó a la puerta de entrada y desplegó en el suelo una doble pieza de hierro erizada de afilados clavos que dejó tendida en el suelo, con los pinchos hacia arriba.

—Ahora los gatos, Ricky —pidió.

Retrocedieron en busca de la canasta de mimbre en la que llevaban gatos y se acercaron con ella a la alambrada metálica. Savage se colocó unos gruesos guantes de acero, metió una mano dentro de la canasta y agarró a un gato por el morrillo.

—No te pasará nada si sabes correr; los gatos siempre caéis de pie.

Savage giró sobre sí y lanzó al gato por encima de la valla. Casi instantáneamente, los perros comenzaron a ladrar con fuerza.

— ¡Ahora otro!

Lanzó hasta un total de ocho gatos por encima de la cerca, lo que ocasionó un terrible escándalo de ladridos.

— ¿Qué diablos pasa ahora? —gruñó Corso, dentro del coche.

—No sé, parece que hay algo que no va bien. ¡Un momento, voy a ver!

Hank salió del vehículo e interpeló a sus hombres:

— ¿Qué es lo que sucede? Los perros ladran más que nunca.

—Vamos a ver —rezongó uno de ellos.

Los hombres del Pelotón Yanqui se dispersaron por la granja. Los ladridos no cesaban, los perros parecían haberse puesto histéricamente furiosos.

Sonó un disparo. Corso se encogió en el asiento y ordenó a su chófer:

—Prepárate, por si hay que salir a toda marcha.

—*O.K.,* míster.

Al poco apareció Hank llevando un gato muerto en la mano.

—No es nada, sólo era un gato —aclaró displicente.

— ¿Hacía falta disparar? —gruñó Corso, molesto.

—Así se callarán los perros.

—Pues no se callan.

Hank arrojó lejos de sí al felino muerto y dijo:

—No sé cómo se ha metido dentro de la granja, debería andar buscando comida.

Los perros no callaban, continuaban con sus escandalosos ladridos porque había más gatos asustados, corriendo de un lado a otro de la granja.

Ricky y Savage se habían acercado a la valla metálica. Ricky puso sus manos con las palmas hacia arriba y Savage subió sobre ellas, cogiéndose a los hombros de Ricky. Este, con la poderosa fuerza que emanaba de sus ciento ochenta kilos, fue alzando las manos y cuando tuvo a Savage por encima de su cabeza, lo lanzó por el aire haciéndolo pasar por encima de la verja.

Savage cayó al otro lado rodando sobre sí mismo para evitar golpes desagradables; no en vano la primera técnica que debía aprender un

judoka era a saber caer sin dañarse. No le importó que los perros le ladraran, el escándalo ya estaba organizado gracias a la presencia de los gatos. M. P. Savage rodeó la casa. Los hombres de la granja estaban dispersos tratando de calmar a los perros.

Savage se acercó al «Mercedes», pero Tom, el chófer negro que siempre estaba vigilante, pudo verlo por el cristal retrovisor y advirtió:

— ¡Ahí hay un tipo extraño!

— ¿Dónde? —inquirió Hank,

Se volvió hacia el cristal de la luneta posterior y Corso lo reconoció inmediatamente.

— ¡Maldición, es Savage!

—Conque Savage se ha metido en la granja... ¿eh? ¡Ahora verá!

Hank saltó del coche yendo al encuentro de Savage al tiempo que desnudaba el acero de una navaja automática.

— ¡Tom, rápido, larguémonos de aquí! —apremió Corso.

—Sí, míster.

El chófer negro puso el coche en marcha, rodando hacia la salida. Uno de los hombres del Pelotón Yanqui les vio y corrió a abrirles la puerta.

— ¿Le digo algo?

—No, lárgate cuanto antes. ¡Rápido!; si está Savage puede estar la policía.

El chófer cruzó la puerta; salió, mas se encontró con los clavos preparados deantemano.

— ¡Maldita sea, míster, nos han reventado las ruedas!

De pronto, una gran mano abrió la puerta que correspondía al chófer, el cual había detenido el auto, que había pinchado las cuatro ruedas.

La manaza sacó a Tom sin dificultad y lo sostuvo en el aire. Tom miró a Ricky con su gigantesca estatura y se asustó, pese a que Ricky le sonreía beatíficamente como era habitual en él.

Ricky apartó sus dos manos y las juntó al mismo tiempo, pero, desgraciadamente para Tom, atrapándole la cabeza en medio.

Corso, asustado, sacó una pistola y disparó, mas Ricky ya había desaparecido de su vista, lo que parecía increíble debido a su gran tamaño.

Mientras, en lo alto del tubo, Juanito Chancleta filmaba imágenes, gracias a un teleobjetivo.

— ¡No escaparás vivo de aquí! —rugió Hank.

—Tú eres el que manda el Pelotón Yanqui que se hacía pasar por agentes del SWAT, ¿verdad?

— ¿De qué te va a servir saberlo?

—La policía está a punto de llegar; no tenéis escapatoria. Hay un

testigo que os reconocerá.

La navaja trató de hundirse en el cuerpo de Savage, pero éste la esquivó con movimientos circulares hasta que...

Kiai...

Su *kiai,* el silencioso *kiai,* consiguió sobresaltar a Hank, el cual no pudo evitar que un puntapié en el dorso de la mano le hiciera soltar la navaja, quedando desarmado. El ex Boina Verde, que también conocía artes marciales orientales, no logró impedir que Savage le aplicara dos *shutos* en la base del cuello y una *tegatana* en el abdomen que le dejó con la boca abierta. Un codazo en la base de la nariz terminó por derribarle.

Notó que el teletransmisor vibraba, llamándole, y lo tomó en su mano poniéndose entre sombras para que nadie le disparase.

—Día a la escucha, cambio.

—Noche llama, la policía se acerca.

—Bien, Noche. ¿Y Sol?

—Ha detenido al «Mercedes», sabe arreglárselas bien solo.

Juanito, que lo filmaba todo, pudo ver cómo Ricky cogía el grande y pesado «Mercedes Benz» por uno de sus costados y lo volcaba con el asesino dentro. Este hizo varios disparos, instintivamente, sin acertar a ninguna parte.

Las sirenas de la policía se acercaron a toda velocidad. Los hombres de Hank, al ver que la situación se ponía fea, subieron al falso furgón del SWAT y con él se lanzaron hacia la salida para alejarse de la granja. Arrancaron la puerta metálica de cuajo y pudieron ver el coche de Corso volcado, pero no a Ricky, que para evitar que le disparasen se escondió tras el propio «Mercedes».

Las ruedas del furgón estallaron como antes le había ocurrido al «Mercedes» cuando ya la policía, con sus coches patrulla, rodeaban la zona y replicaban a los disparos de los asesinos del Neptuno.

Dos de ellos murieron en el tiroteo y un policía resultó herido. Los otros se entregaron, alzando las manos.

—Día llama a Noche —dijo Savage, a través del teletransmisor.

—Noche a la escucha —respondió Juanito.

— ¿Has filmado bien?

—Sí.

—Pues bájate, toma el coche y lárgate, no sea cosa que te quiten la película; es para nuestro reportaje.

—De acuerdo; corto y me largo.

Un coche policial, tras quitar la barrera de clavos, se introdujo en la granja. Savage esperaba junto a Hank, que yacía en el suelo.

—Buenas noches, teniente McDay.

— ¡Savage! ¿Son éstos los asesinos del Neptuno?

—Sí.

— ¿Cómo lo ha sabido?

—Un testigo herido me pidió ayuda, él podrá identificarlos.

— ¿Un testigo, es Fred, el del Neptuno?

—Sí.

— ¿Dónde está?

—Supongo que en una cama, pero se lo voy a entregar para que lo curen.

— ¿Por qué no lo ha entregado antes, Savage? —inquirió, furioso, el teniente de policía. —Porque hemos sufrido dos atentados y todos tenemos derecho a proteger nuestra piel; pero, no tema, ahora podrá curarlo e interrogarlo. ¿Le parece bien?

—Sí, sí, me parece bien.

Un sargento llegó jadeante junto al teniente de policía y le dijo algo al oído que dejó perplejo al teniente. Este se encaró con Savage y le preguntó:

— ¿Sabe quién es el tipo que está en el «Mercedes» con la cara camuflada y al que ha retenido ese gigante japonés que siempre le acompaña a usted?

—No, no lo sé.

—Pues es nada más y nada menos que Cornel, un capitoste del FBI.

—No me diga, teniente. ¿Un jefazo del FBI?

—Sí, eso acaban de comunicarme. No me explico que un hombre como él pudiera formar una banda de asesinos.

EPILOGO

— ¿Volverás? —le preguntó Christy, que ya no tenía ojeras y dormía plácidamente sin tomarse pastillas de clase alguna.

—Yo no puedo asegurar nunca dónde estaré mañana, Christy, el mundoentero es mi hogar, y allí donde haya que denunciar algo, allí estaré yo. ¿Quién iba a suponer que Cornel, un hombre importante del FBI, estuviera jugando sucio aprovechándose de las informaciones del FBI para saber dónde se movía la droga, y quiénes eran los sospechosos que, si no se encarcelaban, era por falta de pruebas? Gracias a su puesto, lo sabía todo de antemano. Si le faltaba algún dato, como hombre importante del FBI, preguntaba a la Metropolitana o a la Estatal y se lo daban, por eso podía actuar cuando y como quería.

— ¿Y por qué ese odio al mundo de las drogas?

—Es lógico que el mundo de las drogas sea odiado, pero Cornel, alias Corso, alias Calloway, nombre con el que tenía el «Mercedes» y la granja de perros que utilizaban como tapadera, quería acaparar toda la droga que pudiera para desabastecer el mercado y crear una guerra entre los gángsters de la droga. Después, él pondría la droga en el mercado y se haría multimillonario. Cornel quería millones, muchos millones para conquistar el poder. Ya había vendido pequeñas partidas de la droga robada para pagar a sus fanáticos. Hank y sus hombres, el Pelotón Yanqui, los ex Boinas Verdes, ignoraban que Cornel pensaba vender, luego, toda la droga. Ellos asesinaban, pero creían actuar de buena fe. En realidad, son unos fanáticos de las armas; conciben la vida como una lucha continua y ven enemigos por todas partes. Sólo creen en el poder, en la fuerza de sus armas. Espero que no salgan jamás de la cárcel, allí, tendrán tiempo para meditar acerca de qué clase de individuos son y qué fácil es manejarlos para que maten sin piedad.

Savage besó a Christy en los labios y subió a la «Piper jet Spirit of Samurai», donde le aguardaban Ricky, el jovencísimo Danny y Juanito, que le había pedido tiempo para meditar y poder pensar en la asesinada Lolita.

— ¿Preparado para ir a Liberty Garden? —le preguntó Savage.

—Sí, estoy ansioso por llegar —respondió Danny, radiante,

—Pronto estarás allá, Danny. Tu hermano también cambiará su vida; me lo ha jurado, por eso te pidió que vinieras conmigo. En el futuro serás un budoka.

Christy no tardó en ver cómo la. «Spirit of Samurai» despegaba del aeropuerto, elevándose y alejándose con los budokas rumbo a Liberty Garden, la escuela o templo de los budokas de Savage, un lugar secreto que nadie sabía dónde se hallaba, y los primeros en desear averiguarlo eran los sicarios de la secta del Dragón Bicéfalo, los asesinos de Lolita, que habían jurado odio a muerte a Savage.

F I N